

PRÓLOGO

HISTORIAS DE SUPERACIÓN

Una vez que se decide convocar el primer concurso de relatos cortos en nuestro colegio, había que buscar un tema a proponer para todos y todas los participantes. Resultaba algo complicado –o eso pensaba yo mismo- tratar de establecer una temática que fuera suficientemente atractiva para fomentar la participación de muchos de los colegiados/as, al menos acercarnos al número máximo que nos habíamos propuesto desde la Asesoría Psicosocial, rondando las cuarenta personas.

Finalmente, el tema elegido fue el relato de una superación. Consistió en contar, en primera persona o como narrador, la historia de alguien –conocido o no- que hubiera superado alguna situación compleja, delicada o difícil a lo largo de su vida.

Cualquiera podría pensar que para profesionales como nosotros/as, hablar sobre asuntos así debe ser relativamente fácil, pues no en vano estamos relacionados en gran medida con historias de este tipo, ya sea en la práctica clínica, escolar, organizacional, etc.

Sin embargo, en vistas de la participación, sin querer hacer un análisis concluyente, parece que no era tan sencillo como se podía prever. Posiblemente exista diversidad de motivos que expliquen la participación en este concurso de relatos cortos, pero se antoja como una razón de peso el tener que plasmar sobre el papel –o la pantalla- aquello que nuestra mente y nuestro corazón quieren expresar... desean mostrar a los demás.

Es por ello, que deseamos exteriorizar en este apartado el agradecimiento a los y las participantes de esta actividad, cuyos trabajos compendiados han dado origen a esta obra que quedará en los anales del colegio como la primera que vinculó a los

psicólogos y psicólogas del Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental de una manera emotiva, ociosa y lúdica, saliéndose así de las actividades habituales de carácter formativo , única vía para interconectar colegiados/as, hasta la fecha.

Es lo esperable, como en todo concurso, que en el fallo se otorguen premios a los mejores escritos, pero todos los miembros del jurado queremos dejar bien presente que la sola participación en el mismo ya merece nuestro respeto, reconocimiento y admiración. Sirvan estas líneas para mostrar ese agradecimiento a todos y todas los participantes, por haber sido capaces de sacar ese ratito de tiempo que les permitiera echar a volar sus emociones libremente, sin considerar nada más que eso.

Por supuesto, tampoco queremos olvidar el papel, difícil por otro lado, de los y las componentes del jurado, tomándose con gran y verdadero interés este papel que se le fue asignado, haciendo especial mención a M^ª Carmen, cuya ayuda en el ensamblaje de las historias fue esencial para darle un sentido más literario a toda la obra.

17 de junio de 2010

Manuel Salgado Fernández

Coordinador de la Asesoría Psicosocial

Colegio Oficial de Psicología de Andalucía Occidental

MIEMBROS DEL JURADO:

Rubén A. Rodríguez Duarte.	Psicólogo
M^ª Carmen Rodríguez Matute.	Educadora
Rocío Fernández Prieto.	Abogada
Antonia de la Rosa Ramírez.	Pintora
Manuel Salgado Fernández.	Psicólogo

INDICE

Prólogo		1
Índice		3
Relato Primero	<i>Nati y Patitas</i>	4
Relato Segundo	<i>El eterno instante</i>	7
Relato Tercero	<i>El recorrido</i>	12
Relato Cuarto	<i>Alma de ida y vuelta</i>	17
Relato Quinto	<i>Mejor que una historia de superación, veinte historias de superación</i>	22
Relato Sexto	<i>El ángel de la lluvia</i>	26
Relato Séptimo	<i>Del bajo al ático</i>	29
Relato Octavo	<i>Mi historia</i>	34
Relato Noveno	<i>Cadena de acontecimientos</i>	38
Relato Décimo	<i>Diálogos en un valle de encinas: Historia de una superación</i>	41
Relato Undécimo	<i>Querida anorexia</i>	45
Relato Duodécimo	<i>Te vas</i>	51
Relato Décimo Tercero	<i>La danza de los caballitos de mar</i>	54
Relato Décimo Cuarto	<i>Cuestión de mitades</i>	59
Relato Décimo Quinto	<i>Fin de semana</i>	63
Relato Décimo Sexto	<i>El saludo de las adversidades</i>	68
Relación de Autores		72

Relato Primero. *Ángeles Oliveres Ribas*

Nati y Patitas

Nati era blanca como el azúcar. Dulce como la miel. Soñadora. Tenía los ojos tan azules como el cielo en verano y las pestañas tan largas como el peine de su muñeca Patitas. Su muñeca se llamaba Patitas porque tenía unas piernas muy largas y blandas porque era de trapo.

Su muñeca preferida era de trapo y olía a colonia, a la misma colonia fresca que se ponía todos los días Nati para ir al colegio.

Nati se llevaba a Patitas a todos los lugares donde ella iba, unas veces dentro de la mochila que cargaba a sus espaldas, y, otras veces entre sus brazos. A veces la cogía por pierna y la tambaleaba al ritmo de sus pasos.

Patitas tenía las pestañas más largas que Nati y los ojos tan azules como ella. Pero era oscura como el chocolate con leche y era de mentira, no era una niña de verdad. Era una muñeca de trapo tan grande como los libros del cole.

Para Nati, Patitas era su mejor amiga y le hablaba más que a las de carne y hueso, más que a las que podían comer de verdad, hablar, correr, llorar y reír.

Porque Patitas siempre estaba a su lado, la escuchaba sin interrumpirla, no protestaba por el frío ni por el calor...la dejaba soñar.

Patitas aceptaba a Nati tal y como ella era. Coja de nacimiento. Nati tenía una pierna mucho más corta que la otra y por eso cojeaba y usaba bastón. Hacía ruido cuando caminaba, y no podía correr tan rápido como las demás niñas de su clase.

-Tú eres mi mejor amiga y siempre lo serás-, le decía Nati a Patitas todos los días.

La profesora del cole la escuchó un día, sonrió. Entró en la clase y vio que su mejor amiga vivía en la mochila, aplastada entre los libros y los cuadernos de la clase. Se quedó pensativa y decidió no decirle nada a Nati de lo que había visto.

La profe del cole era enana de nacimiento pero Nati nunca se acordaba de eso pues era una profesora guapa, sonriente, inteligente y se llevaba muy bien con todos los niños de la clase. Se llevaba bien hasta con Gallitos, que así le llamaban a Carlos porque siempre andaba metido en peleas.

La clase de Nati era muy bonita y luminosa. El Sol entraba todos los días por la ventana y tenía una pizarra muy grande con bordes verdes.

Las sillas eran de color rojo y los pupitres tenían a la derecha una zona para apoyar el brazo y poder escribir con comodidad. Todos los pupitres se repartían en la clase formando filas, dejando espacio para que la profesora pudiera pasar por todos los lados. Cuando llegaba la hora del recreo Nati huía de Carlos, porque le tiraba de los pelos, le pintaba la cara con la tiza y le metía papelitos rotos en el bolsillo del babi.

-¡Qué me dejes Gallitos! ¡Que me dejes en paz!

Un día Carlitos le quitó la mochila, harto de que Nati no quisiera estar con él y la escondió detrás de la mesa de la profe. Nati lloró tanto en el recreo porque no veía su mochila que Carlitos se apenó y se acercó a ella y le dio su pañuelo para que se limpiara la cara.

-Nati, yo sé dónde está tu mochila ¿Pero por qué lloras tanto por una mochila?

Nati descubrió que Carlos era bueno y dejó de llamarlo Gallitos.

Le contó que su mejor amiga estaba dentro de la mochila y que seguramente estaría asustada.

-Nati, ¿Quién está asustada, tú o Patitas? ¡Ella es una muñeca!

*-Ya lo sé, pero Patitas siempre está conmigo-*dijo Nati casi llorando.

*-¡Ah! ¿Por eso no quieres ser mi amiga? Yo siempre te busco, hasta te hago chincar para que eches cuenta-*decía Carlos con sus mangas de camisa remangadas, la nariz sucia del boli y haciendo surcos con el pie en el suelo, sin atreverse a mirar a Nati.

-¡Es que a Patitas le da igual si soy coja o me duele la espalda cuando ando mucho!-le dijo muy sonrojada. Era su secreto.

Miró a la seño y se dio cuenta que el ser tan bajita nunca le había hecho sentirse mal. Y pensó que hay que aceptarse tal y como uno es. Y que es importante tener amigos, jugar con ellos y contarles los secretos.

-Nati-le dijo Carlos, pasándole un balón para jugar con ella. Yo soy muy tímido y no tengo amigos ¿Quieres ser mi amiga? Te prometo que no te haré rabiar.

Esa noche Nati sacó a Patitas de la mochila, la puso en el sillón de su cuarto y le contó que tenía un amigo muy especial. Al día siguiente sacó de su mochila todo lo que pudiera pesar y se despidió de Patitas hasta la vuelta del cole, dejándola en el mejor sitio de la estantería de su cuarto.

En el recreo, Carlos y Nati empezaron su nueva amistad. La profesora se alegró de verlos juntos, y Patitas también se alegró de tener un lugar en el cuarto de Nati entre las otras muñecas y muñecos.

Los papas de Nati le compraron una bici con cestito para que llegara antes al cole y le pusieron un alza en uno de los zapatos para que las dos piernas fueran del mismo tamaño.

Y así...todos fueron muy felices y comieron muchas perdices.

Seudónimo: "Se hace camino al andar"

Relato Segundo. *Antonio Francisco Romero Moreno*

El eterno instante

Esta noche me he despertado con un inmenso nudo en la garganta. He comprobado la hora en el reloj y, al hacerlo, no he podido evitar desviar la mirada hacia la siniestra máquina que me tiene prisionera. Su zumbido se me clava en la cabeza. Me he incorporado en la cama y he encendido la luz.

He vuelto a soñar con él. He perdido la cuenta de las veces en las que su cautivador rostro se me presenta en mitad de la noche. Él es mi adorable desconocido. Una sensación de infinito amor se refleja en sus ojos y me hace sentir libre. Libre de la vida que me ha tocado vivir, de esa vida que desconozco y que sólo puedo imaginar. Me toma de la mano y paseamos por la nada, camino al único lugar en que me puedo imaginar con él; nos dirigimos hacia la felicidad. Pero sólo es una ilusión, lo sé. Desconozco la identidad de mi amante al que sólo veo en sueños y al que, sin embargo, podría reconocer entre todos los hombre de la Tierra.

Los días pasan con una cadencia que raya en la angustia. Desde que en mi niñez me diagnosticaron la enfermedad que padezco, me ataron para siempre a esta máquina de la que no me liberaré hasta que muera. Ni siquiera puedo pasear fuera de los límites de mi casa sin tener que arrastrar su pesada carga. Delante de mí tengo un espejo que refleja, a través de la ventana, el bullicio de la calle. Paso los días metida en la cama dibujando lo que veo a través de él; ésta es la única tarea que tiene la capacidad de esfumar los tristes pensamientos que a diario me visitan. Veo y dibujo personas que van de un sitio a otro.

Algunos, los más jóvenes, con prisa. Otros, los más viejos, tranquilamente, como quien ve pasar la vida con la serenidad de que ya no queda nada importante por hacer. De vez en cuando, descubro a una pareja que se besa en mitad de la multitud y, sin poder evitarlo, las lágrimas arrasan mi rostro. Sé que nunca tendré la posibilidad de pasear de la mano con mi amado y proyectar con él una vida juntos. Sólo puedo hacerlo en mis sueños, con ese desconocido por el que, si realmente existiera, no dudaría en dar mi vida.

A veces, pienso que mi vida es un compendio del reflejo de otras. A veces me digo que mi verdadera enfermedad no es la que me tiene encadenada a esta máquina, sino esa otra, más sublime pero menos evidente, que llena de sombras mi espíritu. Me refiero a la desesperanza...

Luis se levantó aquella mañana con un reflejo de expectación en sus ojos. Tras mucho tiempo sin salir de una pesadilla llena de continuos desalientos, aquel día se presentaba diferente: era su primer día de trabajo. Hacía años que no se ganaba la vida, al menos, de la forma en que todas las personas respetables lo hacen. Por su mente desfilaron en un segundo todos los momentos negros que había padecido desde que, siendo muy joven, había caído en un tenebroso mundo del que no quería volver ni a pensar. Una mañana se encontró a sí mismo tirado en la calle, con el desprecio de las miradas ajenas clavadas en él, y se dio cuenta que ya no podía caer más bajo. En aquel momento decidió dar un giro completo a su vida. Aquel giro le llevó tres años. Pero ahora, por vez primera, en vez de un simple objetivo, tenía algo más importante: poseía una ilusión.

Se puso el uniforme de trabajo. En aquel supermercado era obligatorio llevar la camisa roja y los pantalones azul marino que le habían proporcionado. Se miró al espejo. Tenía buen aspecto, pensó, y una fugaz sonrisa se paseó por su rostro. El autobús estaba abarrotado y el calor del verano aumentaba la enrarecida atmósfera del vehículo. Todos tosían o se quejaban, pero Luís no se daba cuenta de nada. Vislumbraba, con la mirada perdida, el futuro de la vida que le esperaba y que, por fin, había trazado él mismo.

Bajó del autobús en la décima parada. Ya en la calle, dirigió un vistazo a aquel barrio que pronto se convertiría en familiar. Delante de sí se encontraba la puerta del supermercado. Se echó un vistazo disimuladamente en el reflejo de la cristalera para comprobar que su apariencia era la correcta. Aunque su uniforme estaba en perfecto estado, él sabía que su semblante sin duda reflejaba un infortunado pasado fácil de imaginar. Luís había aprendido muy bien que las huellas del espíritu se manifiestan en el rostro, y que son precisamente las heridas del alma las que terminan por arruinar a las personas.

Con paso decidido cruzó las puertas del establecimiento, y dio por comenzada una nueva vida.

El cielo, sin duda, me ha concedido un milagro. Esta mañana, mientras dibujaba en mi cama, he visto, a través del reflejo del espejo, la imagen de mi amor desconocido. Estoy convencida de que era él; es como si lo conociera de siempre. Bajó de un autobús y por un momento pareció que miraba en dirección a mi ventana. Poco después entró en el supermercado de enfrente. Es curioso, nunca imaginé verlo con una camisa escarlata porque en mis sueños siempre iba de blanco. He abandonado el cuaderno y me he incorporado presa de la excitación.

Tuve la precipitada intención de salir tras él. Imaginé en un instante varias versiones de cómo sería nuestro encuentro. ¿Habría soñado él también conmigo? ¿Me aceptaría cuando le dijera que estaría dispuesta a dejarlo todo por él, un desconocido al que amo desde que por primera vez se presentó en mis sueños? Seguro que sí. Aquello no era fortuito. El destino nos había preparado para estar juntos, lo sabía con certeza. Fue entonces cuando el zumbido de mi máquina cárcel era me hizo bajar de mis ensoñaciones. Era imposible. Mi vida estaba ligada a ese aparato. Ni siquiera podía bajar a la calle. Mi mundo eran los límites de la casa. ¿Cómo iba a poder llamar su atención? Además, ¿me aceptaría?... ¿Estaría dispuesto a cargar con una enferma toda la vida? Tenía que saberlo. Tenía que presentarme ante él. Sus ojos me lo dirían todo. No harían falta las palabras...

Pero todo eso era imposible mientras estuviera unida a la máquina. Nunca tendría la oportunidad de mostrarme ante él. Entonces, mientras allí me encontraba, de pie, y mirando fijamente a la máquina, comprendí que mi propia vida se había convertido en un impedimento para vivir. Me di cuenta de que vivir supone en realidad el sentimiento de no esperar nada, de no ver realizado nada, porque simplemente nos debe bastar con el momento. Y entonces tomé una decisión. Iba a buscar mi momento. Y aunque tal decisión conllevara mi muerte, todo valdría la pena por aquel instante. El instante en el que pudiera cruzar mis ojos con los de mi amado.

Desconecté los cables que me encadenaban a la máquina, y salí lo más rápido que pude hacia el exterior, hacia la libertad..., hacia la felicidad. Bajé las escaleras y crucé la calle. El supermercado estaba al otro lado, pero el corto trayecto se hacía interminable para mí. Algunos coches tocaron el claxon, sin duda sorprendidos al ver a una pálida mujer tambaleándose y cruzar la carretera sin atender al tráfico. Pero yo no podía parar. Sabía que si lo hacía, ya no podría seguir avanzando. Y mi meta era el interior del supermercado. Allí se encontraba mi momento, mi amor.

Llegué al otro lado de la calle y avancé hacia las puertas acristaladas del establecimiento. Justo cuando las puertas automáticas se abrieron para dejarme pasar, me vi sorprendida por una inmensa luz cegadora que superaba cualquier expectativa o experiencia. Ni siquiera registré el ruido de mi propio cuerpo al caer. Después de la luz, como la noche sigue al día, me encontré en la oscuridad más absoluta. Y tras la oscuridad llegó un desgarrador olvido cuyas profundidades nunca imaginé, pese a haber meditado en ellas casi todo los días de mi vida...

Luis apenas había ocupado su puesto en la caja, cuando un murmullo proveniente de la puerta de entrada fue invadiendo todo el recinto. Escuchó decir algo sobre una mujer, mientras clientes y empleados se dirigían al punto de donde provenía el alboroto en el que ya se congregaba una pequeña multitud. Cuando se acercó lo suficiente, pudo comprobar que, en efecto, se trataba de una joven mujer que yacía en el frío suelo de loza. Vestía un camisón blanco que dejaba entrever una piel blanca como la nieve. No la

conocía, pero hubo algo en aquellos ojos que lo turbaron. Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba arrodillado junto al cuerpo inerte de aquella joven de la que nada sabía. Vio en su cuello una pequeña medalla de oro donde podía leerse grabado un nombre: Elena.

-*¿Está muerta?* –preguntó uno de los concurrentes.

-*¡Que alguien llame a una ambulancia!* –gritó otro.

-*¿Sabes quién es?* –interrogó un anciano a Luís.

Él, absorto, no podía dejar de mirar aquellos ojos. Se preguntó qué extraña historia se encontraba tras aquella mujer, y qué cúmulo de circunstancias habían propiciado que terminara su vida de aquella manera y en aquel lugar. Luís pensó que le hubiera gustado conocerla. Sin apartar sus ojos de ella, respondió a la pregunta del anciano.

- No lo sé, pero su cara es dulce y serena.

<<*Al menos, en el último instante de su vida, parece haber alcanzado la paz*>>, pensó.

por Beltenebros

Relato Tercero. **Virginia Silván Portillo**

El recorrido

Eran las 17:50 de la tarde, de repente fue como si sus oídos sólo pudieran escuchar el tic tac, tic tac, tic tac de las agujas de su reloj de pulsera, el cual llevaba desde que perdió aquel que tanto apreciaba, le molestaba ese horrible sonido, y decidió deshacerse de él. Mientras lo hacía pensaba que en realidad ya no lo necesitaba, el tiempo para ella ahora era subjetivo, y ya no lo marcaba ese dichoso reloj.

El tiempo podía ser eterno tantas veces, y otras tantas, tan fugaz. E incluso a veces podía volver atrás, y quedarse ensimismada, en aquellos momentos con forma de huella, impresos para siempre en su memoria. Aquel tierno abrazo, aquella mirada llena de alegría, el respirar frente al mar con los ojos cerrados, escuchando únicamente el sonido de vaivén de las olas que acarician la arena, el jazz inhalado que conseguía colocarla a su compás, las risas en el puente de Westminster, el sentir el aire en su cara mientras corría en bici por aquel verde sendero escocés, el excitante vértigo subiendo la Torre Eiffel, el agradable silencio compartido entre amigas, la energía de estar rodeada de cientos de personas, la mágica sensación de contemplar el Taj Mahal por primera vez, la sensación de perderse por Central Park saboreando su *takeaway coffee* de Dean & DeLuca, aquel escuchar viejas canciones con nuevos amigos, la paz natural respirada en Tierra de Fuego, y aquella sensación llena de alegría y melancolía del regresar a casa.

Ella ya había aprendido la lección de que caminando se hacía el camino y se sentía orgullosa de su recorrido. No sabía dónde terminaría su camino pero sí tenía claro lo que quería en él. Quería algo muy simple y complicado a la vez, que no siempre conseguía pero que cada día que pasaba, más y más empeño ponía para conseguirlo. Quería sentirse bien con cada cosa que hiciera, quería sentirse libre de hacer y expresar lo que quisiera, quería disfrutar de escoger cada día lo mejor para ella.

Su mente estaba ocupada la mayor parte del tiempo con muchos pensamientos y más pensamientos, ilusiones y más ilusiones, imágenes y más imágenes, sentimientos y más sentimientos, sensaciones y más sensaciones, palabras y más palabras, sonidos y... podríamos decir que apenas tenía descanso. Sólo el mirar la luna o contemplar el mar con sus ojos cerrados conseguía ciertos minutos en *off* de esa máquina de alta velocidad.

Ahora, desde hacía ya cierto tiempo tenía reservado en ella un asiento de primera clase para aquel hombre misterioso. Lo conoció en uno de sus viajes. Cuando entró en un bar de Barcelona, cuyos únicos habitantes eran la camarera, una pareja acaramelada sentada en una mesa, un par de ejecutivos que celebraban el ascenso de uno de ellos y él. Allí estaba sentado solo, al final de la barra, con un cigarro en la mano y una copa bien fría. Tenía esa mirada, esa mirada casi de antropólogo social, con la cual parecía que analizaba a cada personaje de la escena, en un intento de olvidarse de sí mismo al menos por un instante.

Nada más entrar las miradas de ambos se cruzaron. Ella se sintió irremediamente atraída por él de una forma casi inconsciente y se sentó en la barra a su lado. No sabía nada de él, apenas había intercambiado con él unas escasas palabras. Sin embargo, ese breve contacto había bastado para despertar en ella un torbellino de emociones y sensaciones, desde una abrasadora pasión hasta una científica curiosidad. Una de sus armas favoritas eran las palabras, a ella le apasionaban las palabras y era buena muy buena con el verbo. Sin embargo, aquel hombre no parecía interesado en vocablos, por lo que pronto quedó desarmada ante él. Casi al mismo tiempo su curiosidad por él aumentaba. Nunca había conocido a un hombre igual. Estaba acostumbrada a ser ella la que desarmara a los hombres. Fue entonces, cuando supo que tenía delante a un buen contrincante.

Él observaba cada paso que ella daba como si supiese cual iba a ser el siguiente. Notaba como ella poco a poco iba quedándose sin armadura y simplemente, seguía contemplándola. No podía creer que tuviera delante una *naive*. Él ya conocía bien el juego y sabía jugar.

Fueron muchas las partidas jugadas tantas que ya estaba cansado y resignado. Ahora, sólo jugaba por jugar no buscaba ganar, buscaba simplemente la sensación de estar en el juego. No tenía fuerzas, ahora no. Estaba desencantado del mundo y sus juegos. Nada de lo que hacía parecía llenarle y no le gustaba el ritmo que estaba llevando su vida. La única cosa que pensaba que podía hacer era observar y ya estaba siendo casi una adicción.

Después de intercambiar unas pocas palabras más, él le cogió delicadamente la mano y le pidió que cerrara los ojos. Ella estaba nerviosa, se podía notar en su respiración. Nunca se había dejado llevar así y menos con un extraño. Él empezó lenta y suavemente a acariciarla con las yemas de sus dedos y un cosquilleo muy agradable comenzó a recorrer su mano. Era una sensación nueva, el tiempo para ella se quedó parado, y estaba perdida en esas simples caricias piel con piel. Él seguía bien de cerca todas sus reacciones. Por un momento, se detuvo en su rostro y comenzó a contemplar cómo sus mejillas empezaban a sonrojarse. De repente, ella apartó su mano, abrió los ojos, lo miró tímidamente, le dio las gracias y se marchó. Ella no podía creer lo que le había pasado.

Muchas veces había usado esa técnica con muchas otras mujeres pero ninguna tuvo esa reacción llena de dulzura inocente. Él no podía creer lo que vio. En ese instante, él se dio cuenta de que podría ganar y ella de que podría perder.

Anne, era el nombre de la mujer. El mismo nombre que había pertenecido a su abuela paterna, de la cual, lo único que recordaba era su pelo rubio teñido con raíces blanquecinas, y el olor a chocolate que emanaba de su cocina cada vez que iba a visitarla.

Anne era una mujer especial. Ya desde pequeña sus padres lo sabían. No había dejado indiferente a nadie que la había conocido. Tenía esa sonrisa contagiosa que con tan sólo mirarla *voilà* ya estaba también en tu rostro, y una mirada limpia, tanto que te podías reflejar en ella. Anne nació el 13 de Febrero de 1968 en el número seis de la *le rue Port-Neuf* de una ciudad situada en el suroeste de Francia llamada *Bayonne*.

Después de haber estado en plan nómada, viviendo por varios países, Anne por fin encontró su sitio. La verdad es que ya estaba cansada de empezar una y otra vez desde cero en cada sitio en el que vivía para después marcharse. No estaba arrepentida sino feliz de haber vivido así, pues había conocido lugares maravillosos y gente muy diferente de la cual había aprendido mucho. Había hecho amigos de esos que siempre estarán ahí cuando los necesites. Sin embargo, era como si una nueva etapa estuviera llamando a su puerta. Fue por casualidad, como se encuentran las cosas buenas en la vida cuando Anne encontró *her place*. Había ido a visitar a su tía María la cual desde que era muy niña había sido su favorita ya que siempre e incluso en la distancia había estado muy presente en su vida. Todavía recordaba esas maravillosas cajitas sorpresa, como su tía las llamaba, que le traía en cada una de sus visitas a *Bayonne*. A veces llenas de caramelos de distintos sabores, otras de almendras garrapiñadas, otras de unos preciosos cromos, otras contenía un tesoro de chocolate, y cada una de ellas *únique* y diferente.

Cada vez que Anne iba a visitar a su tía volaba hasta Málaga y nada más salir de coger su equipaje, ahí estaba María, portando un cartel que decía "*Bienvenida, mon petit mademoiselle*". Sin embargo, esta vez fue diferente.

Había decidido darle una sorpresa presentándose en su casa sin previo aviso, y aprovechar el viaje para explorar la provincia de Cádiz, por la cual sentía un especial interés desde que vio ese cuadro. Ese cuadro retrataba el paisaje de una playa gaditana al atardecer y presidía el salón de la casa de sus tíos. Era un paisaje simple, un cielo lleno de colores, el mar, la arena, y la figura de una persona sentada de espaldas, contemplando la encandiladora puesta de sol. Este cuadro escondía una bella historia llena de pura vida. Su tío le había hablado muchas veces de su recorrido por Andalucía y de la historia de cada uno de sus cuadros, pues ella siempre le insistía en que le contara sus historias. Sin embargo, sólo la historia de ese cuadro gaditano era la que la había cautivado.

Por lo tanto, esta vez voló a Sevilla, y desde allí cogió un tren que le llevaría hasta el centro de Cádiz. Nada más sentarse en el tren y apoyar la cabeza en la ventana, sus ojos se cerraron casi de forma automática. Estaba tan cansada que lo único que su cuerpo le permitió hacer durante el viaje fue dormir. Fue el movimiento de la gente levantándose y cogiendo sus maletas lo que la hizo despertar de su improvisado descanso, indicándole, al mismo tiempo, que había llegado a su destino. Anne solía viajar con poco equipaje. Una mochila de paño verde con asas de cuero gastado, llena de *badges*, era su única compañera de viaje. Pacientemente, espero a que todos los viajeros de pie apiñados en cola, y cargados con sus equipajes, bajaran del tren para coger su mochila y abandonar el vagón.

Por fin, estaba en la famosa tacita de plata. Lorenzo brillaba sobre ella como si estuviera feliz, y una brisa, cargada de olor a mar, empezó a recorrer los pulmones de Anne, a medida que se iba adentrando en la ciudad. Parecía que esa embriagadora brisa se había adueñado de ella guiándola de una forma casi hipnótica hacia dónde estaba el mar. De repente, allí estaba él, inmenso, casi infinito, en calma, con ese inagotable color azul acompañado de su inseparable y espumoso blanco, siempre misterioso y poderoso, el narcótico perfecto. Estuvo contemplándolo con los ojos abiertos y cerrados, ensimismada, totalmente pérdida en el canto de las olas y las suaves caricias del viento durante varias horas. Sólo más tarde con los colores del atardecer ante sus ojos unas palabras hechas sentimiento se adueñaron de su mente. Decían así: *"Mi círculo se ha cerrado, soy mi mejor lugar"*.

Escrito por Cassiopeia

Relato Cuarto. *Juan Miguel de Pablo Urban*

Alma de ida y vuelta

Los lamentos saben a papaya y mango, a frijoles salteados y aderezados con cilantro y cebolla... huele a ron de caña, sones de cumbia. Si el parque de La Sabana era sereno y amplio, la avenida Central era bulliciosa, o al menos eso recordaba. Se desdibujan los recuerdos, se empañan las imágenes del tiempo. Los días eran lluviosos en verano, ¿verdad que sí, Valeria?. Cuando a las cuatro de la tarde las nubes cerradas ocultaban el sol, un leve viento húmedo te movía el cabello y, al instante, todo el cielo se deshacía y desgranaba desatado en las acequias despintando los calores matinales. El invierno acá es otra cosa, no sé andar en el frío. ¿Te acuerdas de Lucy Yazbeck, tan pizpireta, mientras maquillaba su profundos ojos negros de pequeña libanesa?. Reías a carcajadas con ella mientras comías mamones chinos recién comprados en la pulpería del barrio. Natincito te contaba historias inverosímiles, la magia de las noches sin estrellas.

Pero no sabía andar en el frío y nunca nos enseñaron a dormir envueltas en nuestros brazos cerrados. Las nostalgias son cálidas cuando nos traen recuerdos de allá, de Yazmín y Mariana, de Tati y Grettel.

Mirando este mar tranquilo que es tan igual y tan diferente del nuestro. El olor marino del yodo es español, allá el mar huele a coco y maleza desordenada porque la vegetación besa las olas cuando se acercan dando sombra a los cangrejos y camarones. Aquí el pinar agreste mira desde lejos a la espuma que acaricia la orilla, como con temor de perder el sentido, de angustiarse en la sal abandonada por el calor de agosto. La costa africana, entre brumas y calima, te contempla serena y sonriente, mostrando unos perfectos dientes blancos enmarcados en el horizonte desdibujado del sur.

¿Sabes que mami sigue rezando entre telenovelas venezolanas desde nuestra partida?, ¿que sigue yendo a misa de ocho con paso cada día más cansado?.

El día que llegué a España me dolían las manos, quizás de tanto jugar con mis rizos en el asiento de turista de aquel pasaje eterno. Me dolían las articulaciones de tanta esperanza y anhelo alimentado. Barajas era un cielo metálico y la Castellana un pastel amargo. Caminaba preocupada por encontrar una calle sinuosa, como las nuestras. ¿Quién lo entiende?, la Negra se reiría si me escuchara, con esa risa fuerte y tosca que nace solo en las gargantas caribeñas. Me diría, “¡*Diay, qué pasó!*”. Cada recuerdo prendido es una pieza incompleta, un ladrillo tenaz que me acerca al jazmín y al limón andaluz, a pinos y alcornoques silvestres; un bloque de adobe y estuco que me aleja distraídamente del palo de platanero y el colibrí. ¿Ya te fijaste que en España no hay colibrís?. Hay canarios, jilgueros y gorriones, muchos gorriones. No vuelan quietos, pegan saltitos nerviosos... los miro y pienso, ¿por qué los colibrís permanecen suspendidos libando de las flores?.

Suspendidas como los colibrís que cada mañana visitaban el jardín de nuestra casa al olor del zacate recién cortado. Como si el tiempo se detuviera en una dubitativa intermitencia, imágenes de ultramar, sal tos entre el Pacífico y el Atlántico helado, entre el Caribe y el Mediterráneo.

Cuando Haití tembló, yo temblé sorprendida porque acá se olvidan los temblores, los caprichos de esa naturaleza desbordante. Ya no es el Arenal o el Irazú quien me despierta arañando las entrañas de la tierra. Ya no hay tormentas tropicales, ni temporada ciclónica; no hay satélites vigilantes para conocer la ubicación del ojo del huracán, uno entre tantos, que pasea casquivano e insolente los volantes de su pollera blanca, sobre islas temerosas, sobre mi Centroamérica llagada y exultante, tropezando con casas y palos de mango, con cien mil vidas aferradas en las torrenteras, desparramándolas por los arroyos, devoradas por las hambrientas fauces de cabezas de agua.

Cuando Haití tembló, yo temblé... no sé si de nostalgia o de alegría, alegría por haber olvidado –de pronto era consciente– los ecos de la muerte y la catástrofe. En aquella tierra se aprende, cada un tiempito, a erizar el vello en el imprevisto e inconstante recuerdo de la finitud, en la constatación de ser carne, insignificancia, en la evidencia de que la inmortalidad no existe.

Así que, ¿me oyes Valeria?, ando extrañada de mí misma. Casando gazpacho y gallo pinto, rumba y swing criollo. Aprendiendo que ahorita y ahora no son diferentes en esta tierra calmada y quieta, tan sorprendente y distinta. Que somos tan iguales y tan extraños que, a veces, me siento mareada y perdida, emocionada y contenta.

Me propuse aprender a cenar más tarde, hacerme a este ritmo extraño donde el día empieza después y la noche termina tardísimo. A desayunar liviano y pasear el centro de la ciudad en la noche. A no ser tan expresiva, a no inquietarme por las palabras cortas y secas, a no requerir rodeos, a decir: “no”, a “mandar para la mierda” sin complejos, a solo decir “buenos días”.

Te extraño mi amor, mi hija querida. Extraño al sol desnudo, que entra por las celosías de nuestra casa a las cinco de la mañana, mientras recoges las ropas en el cuarto de pilas. Me haces tanta falta que te traigo a mis labios, con sed inagotable, en forma de chile picante que adorna el desayuno. Y te siento, mi cielo, como el ardor prendida en mi boca que, insistente, repite quedito tu nombre.

¿Sacaste a Perse a pasear?, recuerda que hay que peinarle ese pelo plateado que tan lindo le adorna, con sus orejas gachas de perro bueno y obediente.

Cuida que no se revuelque en el jardín que se llena de pupas y calvillas horribles. Recuerda que debe lucir como tú, bello y esbelto... digno de tus ojos almendrados y del cabello colochó que resbala por tu espalda de niña curiosa y responsable.

A veces duele, duele mucho. Pienso en qué hacer, en cómo liberarme de esa mano invisible que me aprieta y atenaza la garganta entre tanto recuerdo revuelto, entre tantas imágenes brillantes que pugnan por centrar mis pupilas cansadas.

Y el vino es amigo, el vino adormece el sentido común. El vino me gusta porque me roza los dedos, me alienta y enciende el rubor escondido que duerme tranquilo, embozado, en la sombra. Me arrastra despacio a un sueño que espero profundo, me empuja al cobijo de sábanas limpias y frazada pintada a cuadros azules, marrones y negros.

El mar está atusado, medio verde y medio azul, a veces gris, y siempre susurrando oscuras palabras, como sortilegios, en ecos reiterados de enigmas antiguos. Ecos de sirena, sirenas de plata. Me encantan las sirenas de plata y jade, ojos de jade negro para llorar ausencias previstas; plata de risa y luz, para iluminar el tiempo entrelazado, los tres mil seiscientos segundos compartidos.

Sé que las sirenas de plata trabajan desnudas en los acantilados, cantando salmos y plegarias, soñando noches de luna. Las sirenas esperan liberarse de escamas argentas, desatar las piernas y entornar los ojos. Caminar sus pasos sobre huellas dejadas, deambular en la arena los dedos pintados de ocre. Llamadas al Ulises perdido, al mitológico y hermético viajero.

Mi ventana entornada contempla un techo de pinos piñoneros del monte cercano, al cantar de gaviotas hambrientas. Respiro profunda la savia exudada, el olor de lentisco y romero, y en las dunas cercanas ya sopla el levante que desplaza la arena a un exilio constante y perpetuo, alimentando estas dunas del sur que viajaron por siempre. Quizás ese grano perdido vivió un siglo en la curva del Níger, en las faldas del Atlas. Quizás voló con el viento del sur, atravesando las columnas de Hércules, posándose inquieto y revoltoso en la Bolonia romana, a los pies de la estatua de Claudio. Quizás ese grano huidizo oteó las bandadas de atunes que terminan su viaje de emigrados en el abrazo finito de la almadraba, tras un eterno viaje desde el gélido y septentrional Ártico.

Grano de arena, atún emigrante, mujer sirena... el viaje siempre sonoro y curioso que a costa de vientos, corrientes marinas o magmas telúricos busca morada y posada.

Valeria, mi vida, raíces de sangre. El cielo se expande al oeste, persigue el ocaso donde habita mi alma. En la cima del Monte Chirripó alcanzo despierta, despacio, al alba atlántica buscando sonrisas de fuego. En este vaivén aprendo inconsciente a casar los ritmos cardíacos, a congelar el fuego solar, evaporar la tierra quemada. En el alma compartida de cielo y de cieno, de luces oscuras, de agua cerrada.

Hace años que vengo y voy, que aspiro y expiro los aires calmados y ciertos de dos continentes que, tal vez, nacieron en cinco. Los ángeles negros que entonan calypso, cadencias de sal marinera, de esteros donde bailan doradas y sargos se citan contentos con ángeles blancos, de tragos, y tocan bordones de guitarra en el zaguán de las casas del sur.

Sigo sin saber andar en el frío, pero alcanzo en la noche la paz que adormece. Sigo sintiendo las nalgas heladas en el húmedo invierno si me falta la piel que requiero, sigo moviendo los pies al sonido viajero de allende los mares, sigo viviendo en el tiempo extrañada, existiendo... y completo la risa de hoyuelos amados, y persiste el silencio cercano, el silencio soñado cargado de voces que extraño.

Por Liliana Samir

Relato Quinto. *Francisco José Montero Bancalero*

Mejor que una historia de superación, veinte historias de superación

¿Puede la sociedad superar el fenómeno de la estigmatización la enfermedad mental? Muchos enfermos y enfermas con trastorno mental severo ya hace tiempo que asumieron su enfermedad y continuaron hacia adelante con sus vidas. Por eso, ya no podemos continuar hablando de la negación como síntoma de la enfermedad esquizofrénica. Es la negación social que aún sigue viva, la que continúa siendo preocupante.

El síntoma que representa la auto-negación de esta enfermedad mental es más característico del primer estadio o por el contrario, de quienes encontrándose en una fase residual de la enfermedad han acusado los efectos de los sistemas manicomiales o bien, han convivido con escasez de estimulación cultural y/o educativa.

Pero una gran parte de las personas con trastorno mental severo que se encuentran en un entorno con relaciones de apego estables y satisfactorias, con una red de apoyo nutritiva, y otros recursos adecuados, no suelen incurrir en negación de su enfermedad, han dejado de ocultar si es que oyen voces en el interior de su mente y además, demandan una respuesta coherente ante esta situación.

Sin embargo, cuando el entorno de esta persona no reúne estas características, es más probable que quien sufra tales síntomas opte por la ocultación y el aislamiento personal, con previsibles consecuencias. Preguntémonos entonces, si quien realiza la acción de negar es la persona individual o tal vez, proviene de su realidad comunitaria. En este último caso, el origen de la negación no reside en la persona enferma, sino más bien, es el resultado de los prejuicios que imperan en su entorno.

Afortunadamente, hace ya mucho tiempo que las personas con trastorno mental severo dejaron de suponer una causa perdida, existiendo una gran mayoría que día a día trabajan por su superación personal con el apoyo de profesionales y buena parte de la sociedad. Después de esto, en lugar de contar una historia de superación, he creído más conveniente, narrar veinte historias de superación.

Me estoy refiriendo a las veinte personas con trastorno mental severo que viven en la Casa Hogar de Osuna (Sevilla) que son gente que ha proseguido con una vida en la que si bien no pudieron elegir algunas de las cosas que encontraron por el camino, si que han optado por seguir adelante, por luchar, por superarse, y en la Casa Hogar y su entorno han encontrado el apoyo que necesitan.

A quien dude de esto que estoy diciendo, le recomiendo realizar una visita, aunque es mejor llamar previamente por teléfono, puesto que se arriesga a encontrarse la casa vacía porque las personas usuarias se encuentren pasando unos días en la playa, o visitando la Alhambra, o disputando en la capital hispalense un encuentro de fútbol valedero para el campeonato provincial.

Quizás se encuentre con ellos y ellas bailando un sábado por la noche en la discoteca. Pero la superación no solo se demuestra en el ocio y el deporte. El abanico de actividades que realizan en el día a día es tan amplio que abarca desde tareas artísticas, decorativas y otras propias del taller ocupacional, hasta labores de horticultura en su propio huerto, pasando por las propias responsabilidades dentro de la vivienda, por no mencionar todas las gestiones personales administrativas, sociales y/o sanitarias.

Su participación comunitaria se traduce en colaboración con el movimiento asociativo, conducta prosocial, respeto por el medio ambiente, integración en eventos culturales, participación en la localidad. En los comicios electorales, quien lo desea ejerce su derecho al voto.

Cada una de estas personas ha establecido vínculos afectivos con otros/as usuarios/as de la vivienda, con el personal laboral, con las gentes del municipio e incrementan el disfrute de sus relaciones familiares. Se han ganado su sitio dentro de la ciudad. Son vecinos y ciudadanos de pleno derecho, con sus virtudes y sus defectos como cualquiera otra persona.

Es cierto que en toda esta larga lista de hitos de superación hay quien todavía no haya vencido el problema del tabaquismo, pero bien es verdad que se intenta, y que también se consiguen progresos.

En todo este compendio de actuaciones en pro de la superación, encontramos que a nivel individual, no manifiestan un rechazo hacia la enfermedad mental, sino que por el contrario, esta ha quedado integrada como una parte más de la persona.

Estas personas a las que nos hemos estado refiriendo continúan acudiendo a sus citas con profesionales del equipo de salud mental de distrito, y ocasionalmente, en una menor proporción, puede requerirse de una corta estancia en la unidad especializada del hospital general. Y todo ello, haciendo uso del mismo circuito normalizado de recursos y servicios que la población general.

Por otro lado, quienes desarrollan su trabajo con estas personas contribuyen a este proceso de superación, ofreciéndoles cariño, incidiendo en los factores de protección y las competencias personales. Y también, las gentes del municipio les acogieron favorablemente.

La Fundación Pública Andaluza para la Integración Social de la Persona con Enfermedad Mental (FAISEM) lleva años desarrollando su labor y creando los contextos para que logros como los citados se hagan realidad. Las personas que trabajan en la Casa Hogar de Osuna han contribuido activamente a estas historias de superación y han entrado a formar parte de la vida de usuarios y usuarias de esta vivienda.

Ser protagonista de historias de superación como estas, es servir de ejemplo para afrontar las dificultades de la vida, asumir las propias limitaciones, disfrutar el día a día, los pequeños momentos, sin perder de vista el medio y largo plazo, en definitiva, querer la vida. Estas veinte personas y quienes les rodean nos enseñan que es posible. Y como sociedad tenemos que posibilitar que se den los contextos adecuados para estos avances, tender puentes. Las actitudes narcisistas no construyen, y por el contrario, aíslan.

Conviene desdramatizar y tener presente que convivimos con la enfermedad mental y que la manera de acercarnos a ella puede ser variada. Optemos por la más adecuada, y actuemos en el modo en que consideraríamos más acertado, si cada uno/a de nosotros/as fuese protagonista de una historia de superación como cualquiera de estas veinte historias de superación.

Quiero dedicar estas líneas con afecto a las personas usuarias de la Casa Hogar de Osuna y a quienes trabajan por y para todas ellas.

Escrito por: Persona Corriente

Relato Sexto. *Francisco Javier Salgado Álvarez*

El ángel de la lluvia

Cuando la lluvia me preguntó que por qué lloraba le respondí que estaba triste, que no estaba pasando mi mejor momento. El día que fui feliz ya quedó muy atrás y los espectadores que conforman el resto del mundo estaban impacientes esperando mi nueva caída y deleitándose con mi vertiginoso descenso en la montaña rusa.

Me acarició rozándome la cara y se fusionó con mis lágrimas, pero como esto no hizo efecto y yo seguía sollozando, me abrazó fuertemente convirtiéndose en aguacero.

Me quedé inmóvil en medio de la calle mientras la gente pasaba aceleradamente a mi derecha y a mi izquierda. Me miraban con extrañeza sin entender cómo era posible que la lluvia me quisiese a mí más que a ellos.

La señora del vestido azul le huye, intenta resguardarse, corre... pero la lluvia es como la verdad: te atrapa sin importarle dónde intentes esconderte. Te busca y te encuentra. Es frágil como la gota de rocío en el pétalo de una rosa y es devastadora como una inundación. Te da la vida y te da la muerte dependiendo de su estado de ánimo. Nos golpea cuando menos lo esperamos y nos salva cuando parece que nada puede salvarnos. Inoportuna y oportuna. Frecuente e infrecuente. Excesiva y escasa. Pero de una u otra forma siempre está contigo....y conmigo.

Observé a las personas que pasaban. Una anciana. Otra. Un hombre con un sombrero. Un niño. Y mis lágrimas...

... Y entonces escuché una voz que me decía "*Tranquilo pequeño, no llores más. Tu ángel está contigo*". Pero yo no lo veía.

Pensé que se habría cansado de mí y se había ido, así que me dispuse a buscarlo. Miré por toda mi casa pero no estaba. Les pregunté a mis amigos y a mi familia, pero nadie le había visto. Era una voz característica, que además me resultaba extrañamente conocida. Siempre había oído hablar de personas que cuidan de nosotros, que nos mandan energía desde el más allá y que nos ayudan a avanzar.

Así que salí a la calle. Iba mirando en los escaparates, en los parques, en cada camino y en los ojos de cada persona que me cruzaba. No había rastro. Su mirada también tendría que ser especial, los ojos de un ángel no podían ser los de cualquier persona...

Le llamé por teléfono, le mandé cartas, fax y e-mails. No respondió. Estaría demasiado ocupado interviniendo en conflictos bélicos o de otra índole... Razoné que si yo fuera un ángel estaría ayudando a gente más importante que yo y que tuviese realmente problemas y pasase dificultades... de todas formas, ¿quién era yo? ¿Qué más daba que me sintiese mejor o peor? ¿Cuánto tiempo duraría este aparente estado de felicidad?

Le busqué en el trabajo y en el descanso, de día y de noche, en el blanco y en el negro, en mi ciudad y fuera de ella. Le llamé a gritos y en silencio... pero no me oía. Aturdido y desesperanzado volví a mi casa, me hundí en el sofá y empecé otra vez a llorar.

Entonces, sin saber bien por qué, noté una punzada en el corazón. Puse las manos sobre mi pecho... y mi ángel me las apretó. Me sonrió con mi boca, me escuchó con mis oídos y me habló con mi voz. "*¿Es que no lo ves? Deja de buscarme. Estoy contigo siempre*".

Y me puse de pie y al asomarme a la ventana, vi como llovían tantas rosas como lágrimas había derramado...

...Y descubrí que no hay que tener miedo de uno mismo, ya que somos los únicos que nos acompañaremos en cada momento de nuestra vida, desde el primer día al último. Nos preocupamos por un montón de cosas que no llegan a suceder realmente y damos vueltas continuamente a historias pasadas que nos hacen daño y ya no tienen solución. Hay que vivir en el presente y disfrutar el ahora porque el tiempo que está pasando ya ha pasado. Porque el presente que se va ya no vuelve.

Cuando veo llover, navego al pasado en la barca de mis experiencias y vuelo al futuro a lomos del ángel de la imaginación. Sobre sus alas blancas me transporto más allá del cielo y con el olor a estrellas me adormezco en mi limbo particular.

Con mi cabeza recostada en el ángel, le escucho susurrar: *“Despierta... ha amainado...”*. Y con mi cuerpo aún tibio de sueño abro lentamente los ojos y veo ante mí un arco iris radiante, espléndido. Ha salido para mí. Cada uno de los colores me baila alrededor para recordarme que siempre después de la tormenta llega la paz. Me siento renovado y seguro. El arco iris se extiende más allá de mis miedos, mi soledad, de mi ángel y de mí mismo.

...Ha dejado de llover... al menos, por ahora.

Escrito por: Wellington

Relato Séptimo. *Mercedes Márquez Bernal*

Del bajo al ático

Viene arrastrando los pies con paso corto pero rápido, cada mañana bajaba temprano para comprar el pan bien calentito y tomarlo con mermelada y mantequilla, desayuno que disfrutaba como un rey; aunque no había sirvientes que se lo llevaran a la alcoba o se lo prepararan en la salita abrigado bien con una mullida manta de cuadros en su sillón de orejeras con piel dibujando su silueta.

No quedaba lejos la panadería y los años que no vienen solos sino acompañados de averías corporales difíciles de arreglar y uno aprieta la tuerca con un trozo de trapo o ajusta la pata de la mesa con un pequeño cartón doblado. Así va uno poniendo parches para seguir dándole utilidad a lo todavía aprovechable.

Su andar particular de ritmo dos por dos, mirando al suelo formado entre su perspectiva de vista y su altura, el cateto al cuadrado de su paso pitagórico, pies que siempre llegaba tarde a lo que sus ojos alcanzaban, siempre pisando en un futuro ya visto. Hombre simpático y amable, no saludaba a veces, por no ver bien pero los amigos lo llamaban efusivamente, Antonio, ya vas aviado, Antonio, que no vea a nadie, Antonio, después nos encontramos en el bar... A todo asentía con un gesto amable, una palabra, una sonrisa, nadie quedaba sin respuesta. Llegó al portal de un edificio tan viejo como sus inquilinos. Seis vecinos quedaban aún en aquellos tres pisos y su ático donde vivía Antonio.

En el bajo izquierda estaba Adela, octogenaria. Su hija iba cada día, arreglaba la casa, aseaba a la anciana, le preparaba el desayuno y le dejaba en el microondas la fiambrecita de la comida para el almuerzo. Dejaba el aparato listo, marcado el tiempo, para sólo cerrar y poner en marcha. El plato al lado con el pan, vaso, servilletas y cubiertos. Luego la sentaba en el salón, le ponía la tele y le daba un beso. Vengo por la noche, mama. A ella aún le quedaba una dura jornada limpiando oficinas.

En el primer piso de sus cuatro viviendas sólo dos quedaban habitadas. Un matrimonio con su hijo de cuarenta años, esquizofrénico; las drogas trastornaron su cerebro, era un chico alegre y normal como todos los niños pero se echó malas compañías. Cuando sus padres quisieron darse cuenta, ya luchaba con monstruos imaginarios que sólo él veía. Enfrente vivía una buena moza que Antonio siempre piroleaba y ella correspondía con un beso. Cincuenta años de soledad obligada, quedó joven sin padres, las amigas se fueron casando, ella sólo del trabajo a la casa, sus revistas, su telenovela y algún café en casa de una tía. Tenía buenas carnes aún apretadas, pero ya se le pasó el arroz y nunca fue mujer decidida, ni de hacer amistades con facilidad. Compró un ordenador más por insistencia de sus compañeros de trabajo y una oferta comercial. Alguna vez intercambió email y mantuvo algún chat pero no pasó de ahí. Al menos estas conversaciones ayudaban para no perder las costumbres sociales.

Llegamos al 2º, tres de las cuatro puertas están pintadas de un marrón oscuro, de pintura brillante descascarillada, creando un paisaje desértico y abandonado. Puertas que guardan la nada, como interior de cuerpos sin alma. Sólo una está reformada, aspecto cuidado y moderno, con finas molduras y una pequeña mirilla sobre la que está un pequeño cartel en el que se lee "Dios guarde cada rincón de este hogar". Es el 2º B. Ahí vive el pobre Pedro, lo guarda todo, recortes de revista, libros antiguos, cajas de lata de galletas, cola-cao y membrillo. Recoge objetos curiosos, rotos, que encuentra por la calle; mira la pieza y se le ocurre construir un móvil, colgarlo en la ventana para que los días de viento suene como campanitas. Últimamente colección a tapaderas de lata de los botes de cristal, intentando convencer a su mujer que hará algo para el pequeño de sus nietos. Veras mujer qué camión le voy a hacer. Pedro, hoy los niños tienen de todo, eso no le va a gustar. Ay, Pedro, Pedro, esto son porquerías. En un descuido se lo tira todo y él anda buscando durante días dónde lo dejó.

En el 3º se escucha música, normalmente nadie queda en este piso, pero será el hijo de los García, compraron una unifamiliar en zona bonita de jardines y calles cuidadas, rectilíneas, de aceras anchas, árboles jóvenes y verde césped regado con regularidad, que el ayuntamiento atiende a las apariencias y éstas van acompañadas de cuidadas fisonomías. Lo que haya dentro de aquellos muros ya es cosa íntima, que lo importante es lo que mira el ojo ajeno.

Este muchacho, con edad que exigía, traía sus aventuras al abrigo de censuras paternas. Estos jóvenes, piensa al pasar por la puerta, no sin cierta nostalgia de otros tiempos. Así anda esta juventud, entretenida en estos deleites, en un mundo que roba identidades, confunde conciencias y anula juicios. Viven mejor, tienen coche, y hasta un lugar donde sofocar estos ardores del cuerpo que reconfortan el espíritu. Tienen más que aquellos que dedicaron esfuerzos desde amaneceres y jamás pudieron soñar.

Sin embargo, los ve ahí, engañados muchos, convertidos en números, uniformados de vestimentas ideales y, sobre todo, inmensamente frustrados. Cabecea de un lado a otro no encontrando el origen del problema, quizá la única realidad posible sea este punto de locura para poder asimilar tal avalancha de información en este mundo caótico donde persistimos con el único pecado, pero también virtud de esta personalidad bipolar de la existencia.

Al fin llegó, el pan ya está frío. Metió con dificultad la llave que antes buscó en su bolsillo. Abre la puerta a un pequeño espacio apenas unos muebles, unos electrodomésticos antiguos, un frigorífico que enfría más por el hielo que lleva en sus entrañas, un pequeño televisor en la pequeña cocina, un fuego aún de gas y un microondas oxidado. Una pequeña alacena con algunos platos, vasos, tazas, una sartén grande y una pequeña. La olla roja con cardenales negros de muchas caídas y ya preparado en el fuego la cafetera aún caliente, pero no lo suficiente. Una vez más tendrá que calentar el café en el microondas, mientras unta de mantequilla y pone mermelada al blando y blanco pan, la harina espolvoreada como nieve sobre montaña, como caspa sobre jersey oscuro.

La mesa ya está preparada, con su mantel individual, e l azucarero y el libro. Del saloncito se sale por unas puertas acristaladas a una pequeña y hermosa terraza, llena de macetas selváticas, aleatorias, revoltosas y alegres, esparciendo olores y colores que alcanzan a su corta vista, frente a un espacio acotado de altos edificios, azoteas con trastero y ropa tendida, un mar de antenas como un espacio interestelar, redondas, alargadas, y llenas de aristas, torretas metálicas, ventanas y más ventanas, abiertas, entreabiertas y cerradas, muchas ahora vacías, que, como verbenas se encienden cada noche cuando sus dueños las habitan. Se llenan entonces de olores, de voces, de gritos, de calor humano, todos arrastrando cansancios del día.

Lleva la taza y el plato con el pan, se sienta agotado, callado, mira, costó subir estas escaleras, cuesta vivir esta vida sin ella, sin nada y entonces mira hacia arriba, tan cercano como para tocarlo con el dedo, este cielo, esta luz del día, esas nubes esponjosas. Merecía la pena subir cada día estos altos escalones para tener ante su vista este inmenso cielo, esta paz infinita, no de ruidos, que no eran pocos, sino de esta guardada, acumulada por hermosos recuerdos que aparecían y desaparecían por las calles de su cerebro y, de vez en cuando encontraba en alguna esquina. Ella apoyada sobre aquella vaya y su sonrisa.

Entraba de mañana, salía cuando oscurecía. Aquellos cuarenta y cinco años en la empresa, empleo que consiguió gracias a un vecino. La fábrica, su familia, más horas le dedicaba, es la dignidad del pobre, su entrega al duro trabajo. Es de locos, aunque peor sería el dorso inclinado sobre la tierra, de nuevo la mirada oblicua. Es la desgracia del pobre, ser corto de miras, ahí andan los ricos expansivos, con amplios horizontes donde nunca cae la noche. Él, sin embargo, tuvo más sombras que luces, que no es lo mismo que decir hombre de poca sensatez, formal fue toda su vida. Hubo mujer e hijos, ilusiones y pesadillas, lucha y enfermedades tempranas, y un tras-trás, tras-trás de la cinta empaquetadora, vigilante siempre, cayendo aquellas piezas en su justo espacio cuadrículado y él atento de manos y ojos, y cerebro ausente, libertad que a estas alturas se permitía. Cuando llegó la hora de vivir se acabó en dos días.

No es de un sólo color la vida, la risa se improvisa, el sol calienta, este desayuno que es una delicia y cae en el estómago arrugado como maná en tierra árida pero agradecida. Este libro que avanza página a página, estos pasos, escalón tras escalón hasta su guarida, y aquí ahora, por fin, tragándose esta luz infinita, tantos años negada, que a ella se adaptó su vista.

Una bocanada de aire, otra de pan con mermelada y mantequilla y para que baje, un sorbo de café. Esto es vida.

Escrito por Merlovier

Mi historia

Esta no es una gran historia; tampoco, desgraciadamente, es nueva y original, pero es triste que, de tanta repetición, nos suene a cotidianidad y que no nos amargue la comida cuando volvemos a oír en el telediario que en algún lugar ha vuelto a ocurrir. Es muy duro para una mujer que se aireen sus miserias a los cuatro vientos de cualquier noticiero, dejando al descubierto su dolor y su culpa, sí su culpa porque aún seguimos pensando que en algo hemos tenido que fallar y que nadie se atreva a decir que no lo comprende, hay que estar ahí día a día y ver cómo tus sueños, tus ilusiones se desmoronan a un ritmo frenético. La desesperación y el miedo aparecen un mal día en tu vida.

Desafortunadamente el miedo dura poco, pronto deja paso a su hermano mayor: el pánico. Pero, entiéndanme, no es sólo temor a los golpes, a la indefensión. Existe un temor aun más intenso, más profundo, es el miedo a perder un futuro, a tener que dar explicaciones, a la soledad... la maldita soledad. Es un sentimiento que, como todo lo que se cuece en lo profundo de las entrañas, te posee, es una sensación de pérdida, de vacío. Algo que nace como un sobresalto o una señal de alerta y se acaba instalando como un estremecimiento continuo que, como un termostato, fija en tu interior un cortante frío que no se va y que se te agarra a los huesos hasta hacerte tiritar.

Pero tampoco quiero vuestra pena, todo lo que hubo que llorar ya está llorado demás, además siempre he pensado que quien siente pena por otro se sitúa en un plano superior por el simple hecho de no sufrir de ese padecimiento. Y eso NO, por encima de mí ya nadie, fue bastante una vez. Si hoy les abro mi corazón, créanme, que no es buscando compasión o reconocimiento porque, simplemente, no los necesito. Hoy mis palabras no son fruto ni del miedo ni de la rabia, mis silencios de antes si lo fueron. Ya no, ahora les hablo desde la serenidad y la paz que el sueño de mis hijos me transmite cuando los contemplo mientras escribo estas líneas desde su dormitorio.

También ellos, pequeños inocentes, fueron víctimas del odio de su padre, especialmente el mayor que en sus primeros cuatro años lloró más que en los ocho que ya han pasado, la pequeña era sólo un proyecto en mi interior, ni siquiera eso respetó, durante los últimos ataques mi barriga parecía atraer inevitablemente sus puños. Afortunadamente para cuando ella nació yo ya había dicho basta, el infierno sólo perduraba en mis pesadillas y en mis cicatrices.

Quizás se pregunten cuando comenzó mi calvario, también yo me lo pregunté durante mucho tiempo, hasta que descubrí que no necesitaba explicaciones para justificar algo tan distante de la razón y del respeto. Después he sabido que, previo a los golpes, hay un maltrato psicológico. Aquí lo tuvo fácil, aprovechó que desde el principio tuvo en mí su incondicional admiradora, tanto por convencimiento como por mujer criada en una tradición.

Tal vez deban saber, para comprenderme mejor, que desde niña me gustó integrarme en los improvisados y sabios debates que las mayores de mi pueblo organizaban en cualquier pescadería, panadería o carnicería, el sitio era lo de menos. De esos escarceos conservo algunas máximas que, pasado el tiempo, puedo decir que han sido guías en mi vida. Otras no fueron tan pertinentes dada la dura época que les tocó vivir. Una de estas últimas presidió erróneamente, tarde lo aprendí, mi vida en pareja; dicha perla aconsejaba o, más bien, advertía que la mujer debe respetar “el espacio del hombre”, pues bien en mi caso no solamente lo respeté sino que al mismo tiempo le cedí el mío.

No es exagerado decir que vivía eclipsada por su presencia, lo que sentía por él más que admiración era pleitesía, juzguen mi ceguera. Y dirían que sus actuaciones hacia mí eran recíprocas, protectoras al menos. Rotundamente no, aprovechaba mis fallos de dicción o de semántica para ridiculizarme públicamente. En casa el más mínimo error abría las puertas al insulto, a la vejación y, en definitiva al menosprecio y a la continua y constante falta de respeto.

Decepcionada, desilusionada, equivocada. Estos términos definían mi vida en pareja y, por si hiciera falta alguna explicación más, sólo añadiré que, como les ocurre a muchas mujeres, intenté armarme con una actitud conformista que me permitiese llenar el hueco que mis sueños de amor eterno iban liberando a medida que los días revelaban una realidad bien distinta.

Así aunque para nuestros amigos éramos lo más parecido a una pareja feliz, de puertas para adentro la convivencia no era nada envidiable. El horario de trabajo empezaba a parecerme muy corto, quería retrasar cuanto pudiera el regreso a casa. Allí sabía lo que me esperaba casi con toda seguridad, gritos y reproches por todo y por nada: por una camisa sin planchar, por servirle un plato de comida demasiado caliente o demasiado frío. Al principio, sabiendo la razón de mi lado, era capaz de defenderme o, al menos, de buscar inútilmente la conciliación, pero ya conocen el dicho: “si uno no quiere dos no...” Y estaba claro que él no quería y esa fue mi primera tortura. Me atormentaba ver que el hombre con quién había sido tan feliz, de pronto, se había vuelto huraño.

No acertaba a ver qué había cambiado, qué podía haber pasado para convertirlo en otro hombre, en un desconocido. Y como él no parecía dispuesto a justificarse y como por otra parte sólo era cosa de dos, comencé a verlo todo cada vez con más claridad: yo tenía que ser la causa de su infelicidad. Poco a poco fui arrogándome la culpa de todo, de sus coléricas voces y de sus indiferentes silencios. Si el problema era la comida le pedía disculpas mil veces por mi evidente ineptitud y le mostraba mi absoluta disposición para prepararle el plato que ordenara. Cuando la desidia y el desprecio constituían una coraza de silencio, yo era Mahoma y también la montaña, iba y volvía incansable junto a él hasta que su rechazo a mis caricias desesperadas pasaba del insensible mutismo al gesto violento para apartarse de mí.

Y como era de esperar llegó la primera agresión y, con ella, el infierno quedó instalado en el que un día fue nuestro hogar. La frecuencia y la intensidad de los episodios de violencia aumentaron a un ritmo terrible. A la misma velocidad que mis interrogantes. Cuando dejaba de golpearme, bien por cansancio o bien por miedo a que se le fuese la mano, hacía todo lo posible por acostarme cuando calculaba que él ya estaría dormido. Entonces entraba despacio en el dormitorio para no despertarle, me sentaba a los pies de la cama y lo miraba sumida en un llanto contenido y, lo crean o no, me volvía a engañar. Fuese por su rostro relajado mientras dormía o probablemente porque necesitaba mantener intacta la esperanza en una vida parecida, aunque fuese remotamente, a la que soñé.

Pero llega un momento en que te cansas de pensar y repensar, te pasas las noches en blanco buscando “porqués” que no encuentras y con las noches se van también los días y, con ellos, la VIDA misma se te va escapando.

En mi caso fue el dolor reflejado una noche en los ojos de mi hijo la señal necesaria para ponerme de pie y plantarle cara a una realidad que definitivamente no iba a cambiar. Me llegó el momento de elegir entre mentiras disfrazadas de promesas y regalos manchados con mi propia sangre o seguir disfrutando del beso de “buenas noches” de mi hijo. Así pues dejé de llorar, arrojé tan lejos como pude mis vanas esperanzas, quemé en la misma hoguera dudas y miedo y aprendí a no sentirme culpable en el nombre de nadie.

Hoy soy una luchadora que apoya firme un pie antes de levantar el otro al caminar, una madre que ejerce su papel sin más exigencias que la sonrisa de sus hijos. Y una MUJER que reivindica su derecho a amar y a sentirse amada.

Como les dije esta no es una gran historia, ni tampoco es nueva. Pero es MI HISTORIA, y tengo derecho a contarla, simplemente porque ahora puedo hacerlo sin que las lágrimas me lo impidan y porque, amparada en mi libertad, quiero hacerlo.

Escrito por BOGART

Cadena de acontecimientos

Ese día pudo ser el último para Aniceto, que llevaba tan mal su nombre como su vespa, como su vida. De lo primero tuvo la culpa su abuelo y su padre, que durante generaciones fueron, de manera incuestionable, asignando este nombre al primogénito del primogénito. De lo segundo, era la precaria economía que le había llevado a comprar, de tercera mano, esta motillo para ir a su trabajo de operario en unos grandes almacenes. De lo tercero la vida puta, como decía su madre, que asustada por su decisión de abandonar el medio rural, le auguraba todo tipo de malos presagios en la ciudad.

Era una mañana de lunes, la peor de todas las mañanas de la semana, porque en la avenida se formaba un caos de mil demonios a pesar de la temprana hora. En la semipenumbra, una figura de mujer se cruzó en la calle y el coche frenó en seco, sin dar tiempo al de atrás a reaccionar, que colisionó irremediamente dejando una estela de humo y un olor intenso a llanta quemada. Todo se paralizó, como si la vida se suspendiera, para tomar esa foto única del instante. Tres segundos y comenzó la algarabía, los móviles a sonar, improperios mascullados, miradas nerviosas al reloj. A pocos centímetros del primer coche, una mujer inmóvil, apretando el bolso contra su pecho y los ojos fuertemente cerrados. Comenzó a sonar algún que otro claxon, al principio tímidamente, con insistencia después. Las personas que conducían los coches tras comprobar los desperfectos rellenaron el parte de accidente.

Cuando estaban acordando que la cosa no había sido de envergadura y la prisa apuraba, una puerta del lateral derecho del primer coche se abrió y una vespa destartada chocó contra ella. Se pudo ver con incredulidad como un hombre volaba por el aire, cayendo como un muñeco de trapo, en el carril contrario. Nuevos frenazos, golpes y caos.

La policía llegó antes que la ambulancia, intentando poner orden y dispersar a la gente que comenzaba a arremolinarse, -afectados por el choque en cadena y curiosos, que siempre los hay, y a quienes la prisa les puede menos que el morbo-, alrededor del frágil cuerpo de Aniceto estampado en el asfalto. La mujer que desencadenó todos los acontecimientos, aullaba como un animal herido, arrodillada en la carretera, dando calor, regándole de lágrimas y arrullos en una jerga irreconocible que salían de su boca desdentada.

Aniceto fue evacuado a toda prisa en la ambulancia que solo pudo circular por el arcén y la policía comenzó con un interminable estudio de los acontecimientos. El sol apretaba y nadie se podía mover, eran cinco coches los que habían impactado, tres conductores, dos conductoras, un copiloto curioso y una mujer que, con la mirada extraviada, no paraba de gemir y murmurar como una letanía: “tengo que ir al trabajo, tengo que trabajar, tengo que ir al trabajo, tengo que trabajar”. Aurora trabajaba en un centro de discapacitados que estaba y está a no más de cien metros del lugar del accidente.

Las compañías aseguradoras parecen haber llegado a un acuerdo en cuanto a las reparaciones de los coches del siniestro. El caballo de batalla es Aniceto, que sigue en el hospital, y la mutua que lleva la prevención de riesgos laborales y salud de su empresa anda en litigio con la compañía de seguros del coche del copiloto descerebrado o simplemente descuidado. Y es que sus trabajos consisten, precisamente, en cobrar más y pagar menos, pivotando de una posición a otra según las circunstancias, según el interés. Cuestión de beneficios, de cumplimiento de objetivos, de incentivos. Aniceto lo tiene difícil y para colmo la vespa no tenía el seguro obligatorio.

Aurora, con varias denuncias civiles, está en espera de que se celebren los juicios. Existe consenso en que su imprudencia fue la que provocó los accidentes. Es curioso como las vidas y el dolor de las personas quedan desdibujados en un complejo entramado de negociaciones, demandas y actos judiciales; en un juego diabólico para gastar menos y

ganar más, en una complicada burocracia donde los más desvalidos son siempre los más desamparados, los más pobres, los más ingenuos, los más necesitados. Casi todo el mundo volvió, en menos de un par de horas, a su vida normal. Solo dos personas quedaron perdidas, asustadas y doloridas. Aniceto en el hospital pendiente de varias operaciones reparadoras y de una rehabilitación para volver a andar; y la única persona que lo consoló: Aurora, una mujer denunciada por una serie de faltas que no comprende, porque ella misma fue, en su juventud, una usuaria del Centro de discapacitados, una mujer que no tiene a nadie que la proteja, ni siquiera su intelecto.

El final de este relato puede ser cualquiera. Pueden imaginar, aunque probablemente ni siquiera interese. Yo les conocí y seguí su pista durante algunos años. Aniceto recibió las visitas diarias durante el tiempo que estuvo en el hospital de la mujer desdentada, y alguna que otra de abogados y peritos que él nunca supo muy bien identificar. Aurora pasó dieciocho meses trabajando para la comunidad, a falta de dinero, en la cárcel de mujeres, realizando con alegría una labor inmaculada de colaboración con las presas. Quedó en paz con la comunidad, que ya es mucho más de lo que cualquiera que anduvo en estas circunstancias pueda descontar a su favor. Tuvo un paquete mensual sin remitente que alivió sus carencias y visitas de Aniceto, que con las muletas, nunca faltó a la cita semanal con la única persona que lo acompañó en el duro calvario que ella misma provocó.

Es seguro que nadie se acuerda de aquello que sucedió hace más de cuatro años, ni tan siquiera Aniceto y Aurora que siguen viviendo su vida y sus vidas, en un cuarto alquilado en una casa de inmigrantes, en una sencilla relación de afecto, apoyo y amistad. Son generosos como los dolientes, los solitarios, los marginados, los discapacitados; como los que, sin memoria, resignados y sin rencor, aceptan y comparten las horas y los días.

Escrito por Campoamor

Diálogos en un valle de encinas: Historia de una superación

Con lentitud se bajó del vehículo dispuesta a caminar, a colocar sus pies despacio, suavemente sobre la hierba; a recorrer el camino, un camino tantas veces transitado en su niñez y que ahora, la joven, iniciaba de nuevo.

Nada más salir, contempla con su mirada la inmensa lejanía poblada de encinas que, como un todo, constituyen el valle.

La primavera despierta sus sentidos aliviando su dolor, la tristeza de no poder caminar aún de la forma en que era habitual; acompasando un ritmo inexistente que ha sido olvidado, inalcanzable al principio.

Con sus múltiples colores y sonidos, al atardecer los pájaros entonan su melodía; la brisa acaricia las hojas de la higuera y la mariposa revolotea por los caminos de piedra y arena, buscando el lugar en el que posar sus renovadas alas.

En aquel valle de encinas, donde el viento tiene su propia voz y el sonido del silencio se hace audible en instantes fugaces, sus piernas sin fuerzas, débiles tras un largo período de inmovilidad y reposo, una vez cicatrizada la herida que de forma permanente dibujó el bisturí, inician su andadura sobre la tierra firme.

Sus brazos, apoyados en sendos bastones, son sus fieles ayudantes; inseguros al principio son conscientes de la inestabilidad de la marcha. Sin ellos, no surgirían los pasos, no habría distancia recorrida y el mundo continuaría quieto.

En la soledad del camino, una voz en su interior le anima y conduce: *“Camina, no te pares; inténtalo; olvida el dolor de tus manos, será pasajero; avanza hacia ella, hacia la primera encina”*. Y como si de un eco se tratara, la noble encina, con su sabiduría centenaria, situada al borde del camino muy próxima a ella, le susurra a través de palabras sin voz:

“Ven, acércate a mi; mira mis ramas, mis hojas, mis raíces. Yo soy una encina diferente a las demás. Ninguna somos iguales, aunque todas formamos parte del valle. Yo soy menos robusta, aquella es más alta. Tú podrías aprender a distinguirnos, saber quiénes somos y qué lugar ocupamos. Dibujar nuestra silueta en un papel mostrando cómo nos elevamos hacia el cielo”.

Y así, cada tarde a la misma hora en este camino, renace el deseo de avanzar mayores distancias al encuentro de legendarias encinas. Olvidado el dolor de las manos al apoyar, el tiempo transcurrido en el hospital y la incertidumbre de una recuperación lenta que asoma despacio, como de puntillas con cada amanecer.

Es aquí donde nace una amistad muy peculiar y única entre ella y las encinas que se adueña de su alma, pues observa como poco a poco, sus piernas son más fuertes, su paso más decidido y su voluntad más férrea. Así, la esperanza renace y emerge de la tierra al igual que la savia de un árbol brota cada día.

Prosigue el diálogo: *“Gracias por estar ahí, sin vosotras mis pasos no tendrían sentido. Vuestra compañía me llena de paz y esperanza. Ahora mi frustración es menor. Vuestro oxígeno llena mis pulmones aliviando mi fatiga y me gusta descansar a vuestra sombra. Me dais fuerza y vuestra belleza alegra mis ojos al igual que lo hacen las rosas y amapolas”.*

Nuevamente las encinas con su eco responden: *“Verte caminar nos satisface, haberte ayudado nos llena de orgullo, nuestra misión no es solo dar fruto. Crecemos también para ser contempladas, para ser testigos del tiempo, del largo transcurrir de los siglos. Representantes de lo perdurable, de ese paisaje que permanece sin cambios, nosotras estaremos aquí siempre, para cuando vuelvas”.* Porque saben que ella, tras varios meses de esfuerzo se recuperará y solo precisará un bastón que le ayude a desplazarse.

Será entonces cuando se enfrentará de nuevo a la prisa y el bullicio de su ciudad. Cuando dejará atrás sus paseos por el valle.

Las estaciones se sucedieron una a una, llegó la lluvia, el frío, la escarcha y los pájaros buscaron refugio en lugares más cálidos. El invierno se adueñó del lugar, sabedor de que con él, a la intemperie y con sus bajas temperaturas, el relato que aquí se narra no hubiera surgido, ella no habría paseado cada tarde por allí y las encinas no habrían podido ayudarla.

Fue la llegada de la primavera con su manto cálido la encargada de dar cobijo, de propiciar el encuentro, de extender sus lazos, porque esa es su misión, surgida desde el inicio del mundo, en el ciclo sin fin de la vida y para todos los lugares de la tierra a los que ella se acerca.

Su despedida, necesaria e inevitable no fue un adiós triste. Al contrario, fue un mérito compartido, una callada celebración pues jamás se sintió sola, compartió su tiempo rodeada por miles de encinas creadoras de un diálogo universal, majestuosas y sublimes a la espera de nuevas viajeras necesitadas de consuelo, de un consuelo que solo ellas saben ofrecer.

Su recuerdo siempre ha perdurado en ella, formando parte de su mundo interior en el que confluyen otros mundos posteriormente explorados y otros pasos surgidos a la orilla del mar, junto a palmeras o en arroyos en bosques de eucaliptos. Creció ella, y en su andadura surgieron nuevos diálogos como ecos en su memoria. La naturaleza no descansa y con cada paso aflora el recuerdo de lo vivido; la necesidad de contemplar nuevas fronteras; de superar obstáculos cada día por ser indispensable no caer y así no tener que volver a empezar de nuevo, para no deshacer el camino andado.

Y en el valle de encinas una imagen perdura, se hace visible; la silueta un/una joven con su lento caminar, testimonio de una realidad encriptada en el tiempo, que forma parte de lo posible, de lo alcanzable y realizado con éxito.

Pasos que dejan huella; imágenes grabadas en la arena; piedras que se desplazan por el camino y modifican su geografía; reflejo de la evolución que permitió a la humanidad caminar erguida.

La fortaleza del recio tronco de la encina se hace eco de la fragilidad humana intuyendo lo difícil que puede ser mantener el equilibrio y lo fácil que puede ser caer, al igual que lo constatan cada día los niños y niñas, los ancianos y ancianas, compartiendo con ella su eterna sabiduría.

Escrito por Flor de Jara

Relato Undécimo. **Patrizia Carmen Marruffi Bonfante**

Querida anorexia

“Dicen que mi cuerpo es demasiado delgado. Eso me calma. Esa distancia que cada día amplifico, lo intento, hacia un peso mucho inferior a lo que interpretan como normal, esa distancia, que quieren borrar, es mi margen de seguridad”.

Parece que va ser más fácil hablar con ella, ahora intenta interpretar, justificar su acto caníbal, devorarse para realizar casi con autocontemplación esa supuesta imagen ideal. Nosotros, los de alrededor, los familiares, los amigos, incluso yo, la psicóloga, tachamos su cuerpo de inaceptable y creemos que podemos comprender algo más pegándole una etiqueta: patológico.

Siempre intento revivir con los pacientes el itinerario de dolor y soledad que les conduce a ese insondable abismo de angustias con el que se abre el historial clínico. Todos los sentimientos pueden formar parte siempre de un *continuum* en el que, aunque a veces con dificultad, podemos agarrarnos a esa semejanza con nuestra vida, nuestro sentir, nuestra forma de ser y así, empáticamente, inundarnos de las experiencias de otras vidas.

Controlar las angustias controlando las fronteras de la identidad corporal. El cuerpo despersonalizado, una máquina para montar y desmontar. Controlar las emociones, el alma y las comidas. Se enfrentan, en un escenario enmudecido, el cuerpo real, el cuerpo virtual y el cuerpo ideal.

“Soy un cuerpo montado sobre el tiovivo de mi existencia. Atraso cualquier proyecto para cuando me sienta preparada, el amor, la amistad, el estudio, el trabajo. ¿Pero llegará ese día? Grita mi silencio, devastador me aturde y ensordece. Perdida miro hacia atrás y sólo hay angustia”.

En todos los itinerarios de curación mi compromiso es construir donde la anoréxica intenta desmontarse a sí misma, como todas, pero ella es diferente: me ha pedido ayuda. Mi pregunta en busca de un porqué, un malestar profundo, grave y estructural se expresa e intenta encontrar una resolución utilizando el trastorno alimentario.

Ella, de pequeña, aunque es aún casi una niña, era, como solemos definir, “normal”; no especialmente glotona, pero, como a muchos niños, le encantaban los dulces y no le gustaba comer verduras. Las “chuches”, las patatas fritas y los pasteles eran sus comidas favoritas hasta hace relativamente poco.

No ha pasado siquiera un año, pero para quien tiene sólo diecisiete años, entre sus pliegues es un siglo, y para quien se ha perdido, también es aún más tiempo, pero para quien ya no se reconoce es una eternidad.

“Siento placer en palpar mis venas y mis huesos. Me tumbo y entonces, empujando despacio mi mano cerca del ombligo, siento los huesos de la columna vertebral. Mi esqueleto me conforta...”

Tienes que pensar que tu cuerpo es como una casa en la que moras, tendrá sus defectos, pero es tu casa y tiene que llegar a ser confortable, porque no puedes mudarte de la piel y de los ojos. Tienes la actitud de un inquilino separado de su espacio físico, porque no amas a tu cuerpo te avergüenzas de sus exigencias como si no te sintieras autorizada a existir. En tu imaginación hay un ideal de belleza y perfección inalcanzable. Estás cada día desmontando una pizca de su frágil estructura, debilitando sus huesos y confundiendo sus motivaciones.

Intenta asomar tu ansiedad, aunque sólo un instante a este espejo y estrechar, con un abrazo, tu cintura. Tus manos se cruzan en la espalda sin apenas percibir recorridos sobre el cuerpo. Ignoras las formas, que se difuminan y aún aquí, ahora conmigo, y ante este espejo, en el que sé que un día vas a volver a reconocerte y a quererte, pues es mi reto y el tuyo también. Ella sabe que no aún no puede amar su cuerpo.

“Mi cuerpo no está, me ha abandonado. No puedo querer algo feo e indigno. Todos los que ya me conocen y los que tendrán la tristeza de encontrarme, todos pueden ver lo desagradable que es mi silueta”.

No eres la fotografía de ti misma. No somos sólo nuestra imagen, más bien la conciencia de existir en el rol de la vida. El cuerpo tiene que servir a la vida, es una herramienta, y un lugar para habitar es la demora que custodia y protege al ser. Escucha, escúchate, enfréntate al aparente silencio que se evapora desde tus entrañas, escuchas en lo más profundo tu voz interior, la que construye tu ser, la voz que dirige la unión entre el cuerpo y el alma. Cada día la vida pide nuestro consentimiento para crear un espacio interior en el mundo. Por esto, el sentido de la vida no significa lo mismo para todos.

Y aunque me niegues y me mires como si no me entendieses, me gusta hablar contigo, cada una con nuestro monólogo compartido, cada una con su terrorífico papel dramático, enfrentándonos al desafío de salvar la vida, tu vida.

Ella me mira y calla, los ojos cada vez me parecen más grandes en el rostro enmarcado por la mandíbula y los huesos zigomáticos. Ya estoy acostumbrada a sus silencios, intento pensar que se toma tiempo para reflexionar. Y, sin embargo, parece que recobra fuerzas en la delicada atrofia muscular de sus miembros para seguir el proyecto absurdo de un cuerpo que quiere cambiar, cultivando aberrantes percepciones de sí misma, increíblemente desequilibradas, mientras se balancea como un experto malabarista. Su mundo interior está destruido y quiere y lucha para que no se consiga ningún proyecto de cura y muchas veces utiliza una falsa adhesión a todos los programas propuestos.

Se describe, y eso es un adelanto, se cuenta y se halla en sus palabras, lejana y ausente de su imagen. Su cuerpo físico y su cuerpo psicológico ya no se reconocen: han tomado caminos distintos, sin que puedan alcanzar diferentes destinos.

“Mi cuerpo ya no me habita. Yo no soy mi cuerpo. No puedo enfrentarme al mundo sin cuerpo. No tengo futuro, mi pasado es un grito de demonios y el presente se eterniza en un instante inconsistente”

Intento, con palabras cercanas, que consiga verse sólo con sus ojos, que olvide el mundo de miradas que tanto daño le hacen cuando escudriñan sus arrugas y sus secretos. No sonrío, y creo haberla percibido un poco feliz sólo cuando, a pesar de los esfuerzos de la nutricionista, la báscula marcó un kilo y cien gramos menos en la última semana de alimentos controlados.

Había ganado otro desafío de cuarenta y cuatro kilos.

Vencer al dolor desobedeciendo al hambre. Fragmentar los alimentos hasta hacerlos casi invisibles y masticar y masticar hasta la extenuación sin engullir.

Obviar la realidad por no estar de acuerdo, absteniéndose de todos los sentimientos en la prisión en que el miedo nos encierra. Y como lo real es un concepto etéreo que no conseguimos compartir con quien está intentando evitar de entrar en contacto con la vida, aparté las terapias cognitivas. Si no elegimos corremos el riesgo de ser elegidos.

La primera de las tareas que le propuse fue escribir unas cartas, pero no a mí, a su enfermedad, en un cuaderno titulado “querida anorexia”.

Al principio, ella no asumió con agrado el cumplido de rebuscar entre pensamientos cargados de intenciones y sentimientos, pero a los diez días lo consideraba como una rutina. Volver a reinventarse con pasos ligeros como entre nubes, con pisadas livianas sobre cristales, volátil como ya había conseguido ser, pero doblando un pétalo de esperanza a la lenta crisálida.

“Hola anorexia, ¿por qué cuando me miro en el espejo eras tan capaz de esconderte? Has crecido conmigo, has fracturado mis alas y me has apegado a tu corazón cada día con más fuerzas”.

Aparecieron algunos deseos, y la soledad del alma no era un mito inalcanzable, sino tal vez una condena voluntaria. Sus palabras parecían las de una amante defraudada. La unión de la identidad y la enfermedad es transparente. No podemos huir las emociones y las responsabilidades sin pagar un precio exorbitado. La comida es la protección hacia un mundo externo que no identifica sus fronteras.

“Querida anorexia, me has depredado mi alma, como un novio celoso, has creado el vacío al mi alrededor, tenías demasiado miedo en perderme. Pero yo ya no tengo más nada que perder, tal vez la vida.”

Las tardes de los martes y viernes aceptó participar en un taller de danza terapia para abordar el acercamiento a esa imagen corporal tan dañada. Los lunes, clases de fotografía, y los jueves, pintura y el miércoles, como es el día del espectador, se unió al grupo de cinéfilos. Las actividades, a veces, rompen la ideación obsesiva que no le da tregua. Luego hablamos de los disfraces, de la ficción del ser. Tal vez hemos intentado ser alguien diferente a quienes llevábamos dentro. En la mirada del otro me conozco por primera vez, me veo como conciencia que está siendo observada. El cuerpo cambia, en su realidad física, en sus ficciones, en su imaginario.

“Querida, odiada, anorexia, las palabras pueden hacerte enfermar, siempre son mucho más que palabras o están demasiado llenas o demasiado vacías, pero estoy entendiendo que también pueden curar”.

Había una salida al pensamiento obsesivo, una rendija atreviéndose a desafiar la tupida reja de interpretaciones que impide ver el mundo. Pero la perspectiva del cambio puede ser terrible, puesto que incluye experimentar un dolor nuevo y desconocido.

La angustia es el precio que el hombre paga por habitar auténticamente la tierra y ese riesgo de la condición humana es esa nada en la que estamos en un equilibrio muy precario.

Los siguientes quince días tenía que conseguir actuar como si percibiese ser una mujer atractiva, que a veces sonríe cuando se siente observada. Ella se resistió a la sugerencia totalmente, con una negativa, muda mirada, glacial como el tacto de su mano. Increíblemente, un día me dijo haberlo conseguido cuando había salido con unas amigas de su hermana. Entonces supe que lo conseguiría. Que la muerte anidaría ante otros cuerpos, pero que ella ahora se salvaría.

“Tengo miedo de tener miedo, pero estoy cansada de sufrir y no quiero seguir esta relación. Una cosa me da fuerzas: pensar que tú, sin mí, querida anorexia, estás destinada a morir, mientras yo, sin ti, tengo una posibilidad: la de volver a nacer.”

Escrito por Irene

Relato Duodécimo. *Lucía Ponce Rodríguez*

Te vas

Quise despertarme de este triste sueño, y al verte ahí, parada, con la mirada fija, puesta en mis parpados cerrados, he venido a darme cuenta que ha llegado el final. Déjame tan solo un par de minutos para poder lamentarme por última vez. Pero no temas por mi voluntad. Ya sabes que aceptaré, igual que siempre, tus decisiones.

Te vas.

Suave susurro recorre la habitación. Hay gente esperando.

Fíjate que es curioso, pero aunque nunca tuve buena memoria, te recuerdo desde primer momento. No..., no te rías, que al final van a pensar que nos hemos vuelto locas. Te siento desde el primer aliento, desde el primer suspiro... Y aunque tú no lo sepas, me enamoré de ti en ese preciso instante...

Ya mi madre me había hablado de ti antes de conocerte, y ahora que lo pienso, bien bonito le salió este matrimonio de conveniencia. Recuerdo el brillo en los ojos de mi madre cuando nos conocimos. Recuerdo su expresión, recuerdo su voz como la más bella melodía que adornaba nuestros encuentros, nuestras veladas...

Ya hace mucho de eso, pero aun puedo sentir en mi piel las veces que has venido a buscarme cada vez que me caía... me tomabas con ternura de las manos, revolvías los rizos de mi cabello y regalándome una hermosa sonrisa me empujabas a seguir... Sí, siempre lo hiciste...

Hemos vivido grandes momentos juntas, y sabes igual que yo, que juntas hemos regalado grandes momentos... Como cuando con los muchos, nos reíamos en el parque de nuestras propias tragedias, o como cuando con los pocos, compartíamos las luces y las sombras, lo divino y lo humano... lo tuyo y lo mío...

Sí, ya sé que... bueno, nuestra relación no siempre fue tan fácil...

Es cierto que me avisaste varias veces, y tienes razón, no te hice caso hasta aquel día...

Iba camino a casa. Llevaba varias semanas sin descansar, porque teníamos que entregar un trabajo, ya sabes cómo soy. Hacía mucho calor y de repente... todo se quedó en silencio, y me atrapó la oscuridad. Al principio no me di cuenta, pero un intenso miedo se apoderó de mi cuando no te vi cerca, cuando no te sentía... Desesperada, comencé a correr dentro de la nada, a ninguna dirección... Daba golpes al aire. Gritaba vaciando mis pulmones, como tú me enseñaste a hacerlo cada vez que necesitaba tenerte más cerca... Y fue en ese momento, y quizás ahora, cuando más te necesité....

Y apareciste... sí, lo hiciste, rodeada de un hermoso haz de luz, cogiéndome fuerte de la mano, como entonces, cuando empezaba a andar, con ternura, revolviendo mis cabellos y empujándome a seguir...

Nunca me gustaron los médicos, ya lo sabes, pero éstos eran diferentes... éstos te ayudaron a encontrarme entre las camas de UCI, junto a la ventana grande que daba al patio trasero. Desde allí, podíamos ver juntas la autovía que lleva hasta al pueblo y que tantas veces recorrimos, y por la que ya, juntas, no volveremos a pasar jamás.

Los de blanco nos dijeron que había sufrido una fuerte subida de tensión, con consecuencias fulminantes: fallo renal.

Desde aquel momento emprendimos un camino pedregoso y complicado. El camino de la diálisis. Imagino que aún recordarás cuántas veces te eche de mi lado. Te insulté, te mentí, te supliqué que te fueras, que nunca más quería volver a verte. Creo incluso, que llegue a odiarte. Pero tú, cabezona y testaruda, permanecías sentada en el brazo del sillón, al lado de la máquina, impasible... No atendías ni mis ruegos ni mis lágrimas. Y cuando yo ya no podía llorar más, me tomabas de las manos, con ternura, revolvías mis cabellos y me empujabas a seguir...

Y quizás no lo creas, pero fue entonces cuando mi amor por ti se hizo más grande y más hermoso... A escondidas te miraba, y pasaba las horas contemplando tu belleza, y soñaba con tenerte para siempre... deseaba cada instante de ti, compartir contigo cada segundo...

Y fue gracias a este amor, a esta locura entre tú y yo, por la que conocí a mi esposo, que nos adora a las dos... Fue gracias a tus manos, que hicieron que las mías, castigadas, envejecidas de tanta máquina pudieran conquistar a ese hombre... a ese hombre, que ahora escuchas llorar desconsolado porque te vas...

Te vas, y ni siquiera las risas ni los cantos de nuestra pequeña sirena logran retenerte ya... sí, lo sé, ella es fuerte y obstinada como su madre, como tú... ya lo sé... La osadía y el descaro que vive en su sangre hizo que su misma existencia fuera un milagro... y lo es... mi pequeña estrella es el regalo más bello que jamás logré siquiera soñar.

Cuánto tiempo ha pasado querida mía, cuánto tiempo juntas... Y tienes razón, ha merecido la pena esperar... Ha sido un hermoso camino a tu lado, querida vida... Gracias vida mía, por haber vivido en mi.

Escrito por Silena

La danza de los caballitos de mar

Paseaba jugueteando con las olas que dulces venían a morir a la orilla. El mar estaba en calma, la mañana transparente. Elba, que así se llama la protagonista de esta historia, también caminaba. Me llamó la atención que iba mar adentro, vestida, los bolsillos de la chaqueta aparecían deformados por algo que pesaba en su interior. Únicos testigos las gaviotas y yo.

Como un relámpago, un escalofrío recorre mi espalda; pienso que es la sensación que produce el agua al contacto con mis pies. Me he quedado inmóvil, tensa, paralizada; observo expectante sin saber qué hacer. Por mi cabeza pasan miles de pensamientos en tropel, son los fantasmas del pasado que creía superados ya.

Tres años de tratamiento me ayudaron a quererme, a no sentirme culpable, a valorarme por lo que soy sin tener que hacer cosas para que los demás me acepten o me quieran, a saber que no le puedes gustar a todo el mundo; pero el miedo a no ser amada, a ser abandonada, a no saber valerme por mi misma me tuvieron anclada a una relación destructiva de treinta años y a una enfermedad de cuatro años.

Hoy a mis sesenta años disfruto una vida sencilla, apacible, digna, sin amenazas en el horizonte... todo eso y mucho más pasa por mi mente a la velocidad del rayo.

Sigo ahí, inmóvil, ella también se ha parado, el agua por su cintura, absorta en su mundo parece desear que el mar la envuelva en su manto, que la invite a bailar la danza de los calamares y los caballitos de mar. Como adivinando mi presencia se ha girado, nuestras miradas se cruzan en un diálogo silencioso, profundo, inenarrable, el encuentro de nuestras almas ha tenido lugar.

Me acerco a ella, caminamos hacia la arena sin hablar, ella sonríe, por mis mejillas dos lágrimas suavemente van a encontrarse al mar. Nos acomodamos sobre la arena y acompaño silenciosa su llanto lacónico, contundente, rotundo; entre sollozos, me da una dirección. La llevo y en la despedida me retiene la mano, su mirada implorante me cuenta una historia atroz. Prometo volver a visitarla march ndome atropelladamente, tropezando, con una sensación en el alma de abandono y complicidad que me revuelve hasta las vísceras provocando un cataclismo en mi interior.

Hoy, después de tres días, mi espíritu se serena a duras penas gracias a la intervención de la psicóloga a la que llam  después de aquel encuentro en la playa. Me ayudó a apaciguar miedos y fantasmas que aparecieron de pronto sin previo aviso, sin control. Me record  que ya no soy la misma, que tengo mecanismos para afrontar todo lo que pasa en mi vida, que s  cómo protegerme.

He pensado ir a verla, pues su imagen al despedirnos no se aparta de mi cabeza. Lucho con la duda sobre si inmiscuirme o no en algo que pertenece al ámbito privado y a una historia que intuyo terrorífica, pero que no conozco.  No estará yo exagerando?,  no será que debido a mis miedos distorsiono la percepción?,  no me buscar  un l o por meter las narices donde no me llaman?. Cuando la dej  en su casa, su marido la recibí solícito, preocupado por su desaparición, diría incluso que se mostró seductor. La acogió con mimo, la envolvió en un abrazo y palabras de preocupación: "donde has estado tanto tiempo", "qué te ha pasado que vienes empapada", "cu ntamelo todo, mi amor"; pero en su cara había miedo, desesperación, un mudo mensaje de socorro y protección. Se deshizo en frases de agradecimiento y la puerta se cerró.

Al cabo de un mes, a media mañana, llamo tímidamente a su puerta. Silencio. Insisto. El llanto de un niño, siseo en voz baja... Por fin, el encuentro. Risas, lágrimas, un abrazo largo y una pequeña de ojos vivarachos que redobla asustada su llanto; su mamá la consuela, la besa, la mima "*no tengas miedo, es una amiga*".

- *Soy Cali-*, me presento.
- *Ella es Ara, tiene dos años.-*, Elba me cuenta que tiene otro hijo. En esos momentos está en el colegio, se llama Quino, como su padre, y ya es un hombrecito de doce años. Nos sentamos, prepara un café con galletas y comienza a hablar despacio, bajito, mientras Ara juega en la alfombra con su muñeca.

»Yo tenía quince años y Quino diecisiete, mi primer novio, el único, el amor de mi vida; juntos descubrimos el mundo, el sexo, la complicidad, la camaradería. Vivíamos en una burbuja, solos, extasiados, locamente enamorados. Él ya trabajaba como mecánico en el taller de su tío. Inteligente, aprendía el oficio con ganas, le gustaba, echaba muchas horas. Yo estudiaba. Era como un cuento de hadas: salíamos de marcha, íbamos a conciertos, nos reuníamos en casa con los amigos. Tuvimos a nuestro hijo que era un sueño para los dos. Éramos jóvenes, invencibles, podíamos con todo. Yo también tuve suerte, encontré trabajo pronto, en una empresa de diseño. La abuela nos ayudaba con Quino, todo era perfecto. No sé en qué momento las cosas empezaron a ser diferentes.

»Él me quería, me quería, me quería, estoy segura de que me quería. Me lo decía mil veces: me llamaba, sobre todo cuando empecé a trabajar, me cuidaba, me protegía, quería saber cómo estaba en cada momento, estaba pendiente de mí, se preocupaba por mí más que por su propio hijo. Siempre que podía me acompañaba a la compra, de tiendas, a tomar un café con las amigas, también le gustaba apuntarse. Ellas empezaron a quejarse, les parecía exagerado, no podíamos hablar de nuestras cosas. A mí no me importaba pero a ellas les fastidiaba; creo que porque sus maridos no eran tan atentos y solícitos como el mío. Poco a poco nos fuimos distanciando, ya no me llamaban para nada. Me fui quedando sola, las añoraba, pero Quino siempre me decía que no valían la pena, que eran unas cotorras, que no me aportaban nada bueno.

Pero un día intenté verlas y me di cuenta que él no quería. Discutimos, se enfadó, me acusó de abandonarlo por aquellas cacatúas y dejó de hablarme una semana. Poco a poco se fue perdiendo la complicidad, la camaradería, fue desapareciendo todo lo que nos mantenía unidos.

Discutíamos cada vez más por cualquier cosa. La alegría se transformó en miedo, en angustia; pues hiciera lo que hiciera no volvía a ser como antes. Iba al trabajo y me refugiaba en las tareas del hogar. Salíamos a pasear con el niño, pero sólo cuando él lo disponía. Una profunda tristeza se fue apoderando de mí. Sólo quería dormir, que pasara el tiempo, que las cosas volvieran a ser como antes. La vergüenza me impedía llamar por teléfono, contárselo a mis amigas. Llegó Ara, más trabajo, más control. Cuando se enfadaba podía llevarse un mes sin dirigirme la palabra: “tú te lo has buscado, no haces más que provocarme”; y de los desprecios, las descalificaciones y los insultos pasó a algún empujón sin importancia, producto del cansancio o el mal momento que estaba pasando en el trabajo y que achacaba a nuestra falta de entendimiento.

Aquel día que nuestro destino se cruzó frente al mar, ya no podía más. Pensé muchas cosas, muchas cosas pasaron por mi mente a la velocidad del rayo y en el preciso momento en que nuestras miradas se cruzaron dije: “¡Basta ya!”. Lloraba de rabia, impotencia, me sentía indefensa, acabada, sin esperanza, sin salida, vacía, aterida por el frío y el dolor. Pero algo dentro de mí empezó a revolverse cuando la puerta se cerró, pues tras la amable acogida llegó la bronca, la rabia, el bofetón: “porque eso no se le hace a alguien que te quiere como yo”. La niña lloraba aferrada a mi pierna. Yo, impávida y sorprendida, hice algo con lo que hacía tiempo fantaseaba: cogí el teléfono, sonó, denuncia, alejamiento, lágrimas, miedo, dolor.

Nos fundimos en un abrazo fuerte y largo. Las dos sabemos que ha surgido la amistad, el apoyo, la aceptación. Comprendemos más allá del terror que nos hemos hecho solidarias, que cada persona tiene su momento, que en el camino estamos muchas y muchos más, que mientras quede un soplo de vida vale la pena luchar, que no se pierdan más vidas porque cada una que se va se lleva un trozo de nuestra humanidad, que cuando la vergüenza nos calla nos lleva al infierno y más allá.

Sobre la mesa, y con la promesa de volver a vernos pronto, le he dejado un teléfono que va a necesitar. Es un número de esperanza, que la ayudará a reconciliarse con la vida, le va a enseñar a tomar sus decisiones y a apostar por ella misma en primer lugar. Me gustará acompañarla un rato en el camino y disfrutar con ella de su renacer.

Escrito por Calamar

Cuestión de mitades

Nunca he llegado a recordar cómo empezó. Supongo que ni siquiera ahora lo sé. Un mañana todo había cambiado, y él ya no estaba en casa. Al principio no me extrañó. Trabajaba mucho y apenas pasaba tiempo conmigo. En ocasiones viajaba y pasaba varios días fuera de casa. Lo diferente fue su cara. Estaba sería, con el ceño fruncido, los labios rizados y los ojos hinchados. Apenas habló durante los días siguientes. Lo único que me explicó, una vez que fue capaz, imagino, de articular un par de frases seguidas, fue “Las cosas van a cambiar, cariño, A partir de ahora, viviremos tú y yo solitas en casa”. Aquello no causó ninguna sensación concreta en mí, salvo el desconcierto de no saber exactamente los motivos que justificaban aquel cambio. Pasaron casi seis meses sin que preguntase nada al respecto, barajando alternativas tales como que mi padre debía de trabajar mucho últimamente, que a lo mejor se había enfadado conmigo por haber cogido su permiso las revistas de deportes que guardaba en su armario, o incluso, que a lo mejor había enfermado y estaba en un hospital en el que personas muy amables lo cuidaban con cariño.

A partir de ese tiempo, que sólo fui capaz de calcular porque me dio tiempo a terminar aquel curso con buenas notas y a empezar otro año académico, empecé a acudir a un sitio nuevo donde unas “profes” me explicaron que vería a mi padre cada dos semanas. Para entonces, las posibilidades que yo había barajado se me habían antojado inverosímiles, y había descubierto que mi madres y mi padres se habían enfadado, al igual que me había pasado a mí con mi amigo Darío, con el que había dejado de jugar al escondite por haberme roto mi goma de borrar favorita. A pesar de que mamá no me había explicado por qué había sucedido, yo me había dado cuenta de que ya nada era igual. No hablábamos de él ni hacíamos cosas juntos.

Ella estaba más ocupada y más triste y la oía a veces hablar con otras personas de temas que no llegaba a comprender. Yo echaba de menos a papá. Me gustaba sentirle cuando me besaba todas las noches antes de irse a dormir, y recordaba la cara que ponía cuando trataba de convencerme para que celebrase los goles de su equipo favorito. También sabía que me encantaban los gusanitos, y me compraba un paquete cada vez que me dolía la cabeza para animarme a que me recuperase. No se lo decía a ella porque temía que se enfadara conmigo, y la veía tan preocupada por mí y por hacerme feliz, que temía dificultarle lo que fuese que estaba sucediendo y que sabía, porque la conocía, que no era fácil tampoco para ella. Durante el tiempo que acudí a aquella escuela a ver a mi padre, fue como si el enfado entre ellos se hiciese para mí más evidente. Mamá me llevaba a veces molesta y mi padre me recibía con gesto serio. Discutían por las horas en las que tenían que ir, por si llevaba o no maleta, por la ropa que vestía, por los planes que hacía con la una y con el otro, por mis notas y por mi salud.

Mi padre vivía ahora en un piso nuevo con una chica que no me caía muy bien, pero que tenía otra hija de mi edad con la que yo jugaba mucho. A mamá eso tampoco le gustaba demasiado. Recuerdo que a veces dudaba del pasado que papá y mamá tenían juntos, y recordaba las vacaciones que habíamos pasado en familia, el último cumpleaños que celebramos en casa, en el que apagué una vela con el número ocho y fueron mis compañeros y compañeras de clase y también mi prima Inés y mi primo Rubén. Papá y mamá se lo habían pasado bien.

En casa continuaba reposando sobre la estantería un álbum de fotos en el que ambos aparecían sonriendo mientras me cogían cada uno de una mano y me alzaban para evitar que yo pisara un charco. Me encantaba aquella fotografía. A veces yo misma dudaba de que esos momentos hubieran existido, porque ahora, ellos hablaban el uno del otro como si fueran desconocidos, se negaban favores y se maldecían mutuamente. Yo nunca les conté como me sentí durante aquellos dos años en los que debí integrar que habían decidido separarse.

Papá a veces me reprochaba que yo pasara tan poco tiempo con él, y me pedía que le dijese a las “profes” que me apetecía dormir otro día más en su casa. A mí no me parecía mala idea, pero no quería que mamá estuviese triste y ahora vivíamos ella y yo solitas, mientras que en casa de papá había otras personas. Y las profes eran simpáticas y me recordaban que querían ayudarme, pero yo sólo necesitaba que papá y mamá volviesen a ser amigos, aunque yo no viviésemos todos en el mismo sitio, y eso, me parecía que ellas no podían lograrlo, porque cada vez que hablaban con alguno de los dos, papá y mamá pasaban un buen rato con las caras largas.

Ahora que soy adulta, y que considero que he superado de forma saludable la experiencia de temer perder el cariño y las cosas buenas que me unían a cada uno de mis progenitores, podría decirles todo lo que no sabía expresarles cuando tenía ocho años.

Podría decirles que perdieron el tiempo enfrascados en defenderme de sus propios miedos.

Podría explicarles que me habían ayudado de mejor modo facilitándome una explicación que me eximiera de responsabilidad, en lugar de procurar cubrir los vacíos inevitables con actividades y regalos innecesarios. Podría explicarles que no debieron inmiscuirme en sus diferencias porque eso sí que provocaba que me sintiese realmente insegura. Podría incluso, reprocharles todas y cada una de las veces en las que contribuyeron, de forma consciente o no, a deteriorar la imagen idílica que mantenía de ambos, y por qué no, podría exigirles que me devolviesen las dosis de tranquilidad que me robaron cuando regateaban las horas que pasaban conmigo, y negociaban a mis espaldas el tiempo que compartiría con ambos.

Sin embargo, ahora que soy adulta... Puedo decirles sin temor a equivocarme, que entendí conforme fui creciendo en qué consistía la dura tarea de ser padre y madre, que me puse en el lugar de ambos y fui capaz de sentir el terror de perderme y el miedo cegador a que pudiese preferir a uno frente a la otra, que comprendía lo difícil que resultaba discernir entre los sentimientos que nos inundan como personas, y aquellos que nos verterán como padres y madres, que agradecí en todos y cada uno de los momentos de aquellos años, el inmenso coraje que advertí en ambos en su defensa por mi bienestar y en la garantía que me transmitieron pese a todo en cuanto a que todo saldría bien.

Ahora que soy adulta puedo confesarles, que en realidad, yo les conocía mucho mejor que ellos mismos, y les aceptaba tal y como eran, con todo lo bueno y lo malo que ambos tenían, algo que como pareja ellos no llegaron a aprender y como progenitores, tardaron en descubrir. Puede que ellos no se aceptasen, pero yo ya sabía que como padre y madre, para mí no los había mejores. Me habría gustado que lo hubiesen sabido, porque así, se habrían ahorrado temores e inquietudes que llegaron a trasladarme, y estoy convencida de que los había resultado más fácil separarse, sin tener la sensación de que podrían separarse de mí. Y puedo decirles aún más. Puedo recordarles que yo había sido feliz en cualquier caso, porque antes, como ahora, no puedo más que decirles lo mucho que los quiero. Lo mucho que les quiero... a los dos por igual.

Escrito por Sandra

Fin de semana

Era lunes. Lucía acababa de cumplir sus dieciséis años. Los dieciséis años más tristes del mundo. Permanecía sentada en una dura silla de palo. Sentía sus huesos igual que si fuesen cilindros de hielo, ensamblados unos con otros, pero como si no formasen parte de su mismo cuerpo. Nunca un final de mayo le pareció tan frío. La habitación, acorde con su estado de ánimo, tenía una parca y anticuada decoración, impropia del siglo XXI. Un crucifijo, al que no le habían quitado el polvo desde hacía tiempo, presidía una amarillenta y desconchada pared. Ahora, Lucía no pensaba en nada, se limitaba a escuchar los golpecitos que procedían del segundero de su reloj de muñeca. Parecían pequeños y rítmicos quejidos. *¡Cómo era posible que hasta el tiempo se lamentara!* – pensó por un momento-. Puri y Alberto estaban a punto de llegar... ya no había vuelta atrás.

Apenas quedaban unos minutos para que sonase el timbre. Tenía todas sus cosas guardadas en la mochila. Cuanto menos tiempo perdiera mejor. Alberto les dejó salir un rato antes. Lo hacía a menudo, y ellos lo agradecían como la mejor de las bendiciones. En el fondo no dejaba de ser un muchacho más y los entendía perfectamente. A las dos y cuarto de la tarde del viernes poco más se les podía pedir. Lucía bajó las escaleras con cierta premura, quería evitar encontrarse en el pasillo de abajo con toda la masa de gente esperándola para aplastarla. No había cosa que le angustiase más: decenas de niños enloquecidos por salir a la calle, empujándole por todos los frentes de su cuerpo, además del terrible olor a sudor que la obligaba a respirar por la boca hasta llegar al patio. Hoy, gracias a Alberto, había conseguido esquivar esa tragedia diaria.

Al atravesar la cancela del colegio se despidió de Consuelo, la señora encargada de abrir y cerrar las puertas. Con su manajo de llaves siempre en las manos, ofrecía una generosa y sincera sonrisa a todo aquél que quisiera recogerla. A Lucía nunca se

le escapaba. Giró a la izquierda y enfiló la larga calle, formada por pequeñas casas construidas hace más de cincuenta años bajo el amparo de la protección oficial. No es que la calle fuese bonita, pero tenía su encanto. A cada puerta le antecedía una pequeña terraza en la que no faltaba algún tipo de planta bien cuidada. El camino era silencioso, con muchas sombras, de naranjos, sobre todo. La tranquilidad tan sólo era interrumpida por bocanadas de perfume de jazmín, que de vez en cuando sobrevenían y que parecían aplacar por un instante el sofocante calor. El final de la calle estaba salvajemente interrumpido por una gran avenida, que sin la más mínima piedad dejaba en el olvido los jazmines, las sombras y los silencios. Lucía la cruzó.

Al llegar a casa no saludó a nadie, tan sólo dijo un *ahora vengo* al que le siguió un golpe en el suelo al tirar la pesada mochila. Entró en su cuarto y encendió de inmediato el ordenador. Su corazón estaba tan acelerado que empezó a escuchar sus propias palpitaciones. Frotó sus manos húmedas en los pantalones vaqueros sin conseguir apenas secarlas. Observaba la pantalla del ordenador sin quitar ojo al reloj que colgaba encima de su mesa. *Venga, venga*, le decía al aparato, mientras sonaba un ruido de motor viejo. La pantalla iba cambiando de color y distintas palabras en inglés aparecían y desaparecían. Recogía su pelo suelto a la vez que procuraba ajustarse el escote un poco más arriba. Comprobó que el reloj de su muñeca coincidía con el de la pared. Esto la tranquilizó un poco. No podía volver a equivocarse, hacerlo auguraba un infernal fin de semana y ya no le quedaban fuerzas para soportarlo.

Pinchó el icono de la “e” azul que aparecía en la esquina del escritorio pero no pasó nada. Notó como los dedos de su mano derecha temblaban al coger el ratón y permaneció unos segundos observándolos. Se asustó al verlos. Volvió a pinchar, esta vez con doble clic, y por fin se abrió la pantalla, como quien de pronto descorre las cortinas y se asoma al balcón de una plaza. Conectó su webcam y allí apareció él.

- *¿Dónde estabas, canija?*
- *Por aquí. He venido lo más rápido que he podido.*
- *¿Te has parado con alguien?*
- *No, con nadie.*
- *Venga, canija, no me mientas. ¿Con quién te has parado?*
- *Con nadie, ya te lo he dicho.*
- *Te empeñas en seguir yendo al colegio. Algo tienes.*
- *Te lo he explicado mil veces, necesito ese título.*
- *No necesitas ningún título, ni ningún trabajo. Conmigo no te hace falta.*

¡La comida ya está! – se oyó a lo lejos como una voz en off -. A los cinco minutos Lucía se sentaba a la mesa con la mirada perdida. La madre también la había perdido y sentía como si estuviese rota por dentro. La noche anterior había discutido con su hija y ésta le había agredido. Pero lo que más daño le hizo no fueron los golpes, sino el odio y la insensibilidad que vio en sus ojos. En los últimos meses se habían repetido las discusiones y hasta los insultos, pero lo que presencié anoche nunca lo había visto en su hija. No sabía lo que le estaba pasando y, lo que era peor, no tenía ni idea de cómo ayudarla.

Lucía comió con rapidez, sin apenas saborear lo que la madre había cocinado. No dijo nada, excepto unos cuantos monosílabos que el padre logró sacarle con mucho esfuerzo. Sin tomar el postre volvió al ordenador con la religiosa responsabilidad del centinela. Hasta las seis de la tarde le estaba prohibido desconectar su webcam, momento en el que ella saldría de casa para recoger a su novio del trabajo. Era la manera empleada por él para asegurarse de que su novia no estaba con nadie más.

A las cuatro y media de la tarde su mirada continuaba fija en la pantalla, donde podía vislumbrar su silueta como si fuese un dibujo hecho a carboncillo. Podía reconocer su pelo y algunas facciones del rostro. Se contemplaba a sí misma como si estuviera frente al cuadro de un museo. Era como si intentara descifrar aquellos meritorios

trazos que permiten a un cuadro estar donde tiene que estar y que hacen que un pintor sea genuino frente a los demás. Observar sus rasgos físicos la transportó, sin poder evitarlo, hacia otros rasgos más profundos, hacia aquellos que conformaban quien era ella. Se preguntó por qué narices estaba allí sentada, tan tiesa, tan quieta, tan obediente, tan absurda.

No pudo contener las dos lágrimas que se le escaparon. Una angustia le cogió el estómago como si una mano le estuviera retorciendo las tripas. Se dio pena. *Quizá no haya mayor pena que la que uno o una siente por su propia persona* – Oyó una vez en no sé qué sitio -.

Había perdido el contacto con sus amigas. No sabía nada de Marta, su amiga del alma. Desde hacía 7 meses no se habían visto, tan sólo unos mensajes de móvil a los que Lucía siempre respondía con mentirosas excusas para no quedar. Ahora Marta ya se había rendido. Alguien le había dicho que Marta estaba saliendo con un chaval del barrio desde hacía varios meses. Tampoco sabía nada de Tamara. La comisura de su labios dibujó una sonrisa al recordar lo bien que siempre se lo pasaba con ella, especialmente ahora que llegaba el verano y las tardes eran más largas. Le entró nostalgia al recordar cuando un guardia de seguridad las sacó del cine de un centro comercial al comprobar que no habían pagado. Estuvieron a punto de convencerle de que realmente se les había extraviado la entrada. Después, en la puerta, casi se mueren de la risa. Hoy Tamara había dejado de hablarle, no quería saber nada de ella.

Lucía se sentía como si hubiese sido vaciada por dentro, como si le hubieran arrancado el corazón, las entrañas y la mente. Como si sólo le quedase el recubrimiento de su piel a modo de armazón. En su mente apareció la imagen del hueco cascarón de los huevos pasados por agua. Desde pequeña observaba como su madre los raspaba cuidadosamente por dentro, hasta dejarlos completamente limpios. Se imaginó a sí misma como uno de esos cascarones. Se sentía fea, estúpida, sin valor. Tenía miedo, mucho miedo.

Y lo más extraño era que él llevaba una semana y media como nunca lo había visto. Desde la última pelea en la que la tiró al suelo y la llamó puta, por llegar media hora tarde, se había transformado en el príncipe azul con el que ella siempre soñó. Esta mutación no le era desconocida, había ocurrido en otras ocasiones, aunque nunca con esta intensidad.

Hace un mes hubiese recibido con ilusión las llamadas cariñosas y los regalos que ahora se sucedían sin descanso. Hoy no. Cada piropo lo sentía con la frialdad de la delgada hoja de los cuchillos. Prefería las malas caras a las sonrisas. Ahora su mirada benevolente le aterrorizaba. Había oído hablar de los psicópatas. Eran personas que podían estar haciéndote un regalo al mismo tiempo que urdían el plan para asesinarte. Se sentía lejos de él, especialmente cuando la abrazaba.

Algo había cambiado en el interior de Lucía. Ya no le cabía la menor duda. El problema era cómo escapar viva de todo esto. Nadie sabía nada. Conocía el camino exacto, el sendero más recto, pero también el más peligroso. Hablar con Puri y Alberto, sus profesores. Ellos representaban los únicos vínculos que no se habían roto, las únicas personas que alimentaban la ilusión de no haberse quedado huérfana. Hablar con ellos no serviría para desahogarse, ellos no se andaban con paños calientes. Hablarían con el departamento de orientación, con la dirección del centro y en menos de veinticuatro horas su nombre quedaría impreso en los archivos de la policía. Mientras tanto había que ir buscando un refugio seguro.

Ahora comenzaba la cuenta atrás. El curso finalizaba y no sabía si tendría otra oportunidad. Tenía el fin de semana para volverse a plantear un discernimiento que se había hecho demasiadas veces ya. Ahora sabía lo que eran las agallas, aunque desconocía si era poseedora las mismas.

Escrito por Calcuta

El saludo de las adversidades

Se mascaba la tragedia. Aquel plomizo día de noviembre el doblar de las campanas teñía de duelo, como siempre que lo hace, cada calle, cada rincón del pueblo. A pesar de que en ciertos momentos su vida había sido un sin vivir para sus seres queridos, la capacidad de adaptación que las personas tenemos para afrontar las situaciones más adversas llega a ser sorprendente.

Hacía ya varios años que el destino había querido que aquel muchacho naciera, casi sin esperarlo, en el seno de aquella familia afable y conocida del pueblo. Su venida a este mundo colmó de felicidad a unos padres primerizos cuyas esperanzas estaban ya curtidas por el desasosiego y el olvido, y donde la valía de la mujer quedaba en entredicho por su capacidad reproductiva. Desde ese momento les impregnaría el curioso instinto el de la paternidad, que haría relegar a un segundo plano todo lo que hasta entonces habían vislumbrado como lo más importante de sus vidas. La vetusta cigüeña quiso colmar con demora las súplicas de unos padres ya ensimismados en la resignación.

Sin embargo, a medida que iban pasando los días, los meses y los años, las diferencias con respecto a otros muchachos de su edad se iban haciendo más que palpables. La adquisición de los aprendizajes más básicos tardaban en llegar, a pesar de la expectación de unos padres que ya se temían lo peor: su hijo no era como los demás. Cuando otros chicos de su edad ya empezaban a caminar, él apenas podía mantenerse en pie; cuando empezaban a decir sus primeras palabras, él se mantenía en un balbuceo interminable. Sin embargo, las manos cariñosas de sus padres siempre estaban al acecho.

Cuando se caía una y otra vez al dar sus primeros pasos, su madre siempre lo cogía con cariño y lo volvía a poner de pie para que no desistiera en sus intentos. Del mismo modo, cuando la cuchara se le caía mientras comía, su padre le enseñaba una y otra vez cómo debía cogerla para que ello no volviera a ocurrir, aunque retrocediera en sus avances de forma notable al día siguiente. A pesar de los comentarios lastimosos de los vecinos, e incluso, de algún que otro aguijón envenenado que se cruzaba en el camino de los dimes y diretes, disfrazado de misericordia, ellos lo querían y lo cuidaban como el hijo deseado que siempre fue.

La negativa a entrar en el único colegio público del pueblo supuso un punto de inflexión bastante arduo de asumir. En sus corazones también quedaba el momento en el que dieron su consentimiento para que asistiera a un centro concertado de discapacitados intelectuales, a los que entonces algunos denominaban “subnormales”. No entendían en qué iba a mejorar una situación, a la que consideraban inmutable, pero el tiempo les mostró lo acertadas que fueron sus decisiones. Si antes apenas interaccionaba con los demás, poco a poco empezaba a hacerlo; lo que empezaron como sutiles pasos, se consolidaban como grandes avances con el paso del tiempo.

Fueron tres décadas de sinsabores, frustración y tristeza, pero también de alegría y de cariño incondicional. Una prueba de amor en el sentido más auténtico de la palabra.

Aquel día de noviembre el destino le arrebató la vida del mismo modo que le había dado la existencia. Los comentarios lastimosos volvían a correr como charcos en un mar de lágrimas, mientras aquellos padres destrozados por los años probaban de nuevo la cicuta de la vida.

¡Dios lo ha recogido a tiempo! – se escuchaba por casi todos los rincones del pueblo, tapizando de piedad comentarios ruines y protocolarios en la mayoría de las ocasiones.

A pesar de haber tenido desde su nacimiento un estado perenne de activación, su muerte arrebató de un plumazo todas las ganas de seguir hacia delante de ambos progenitores. Si bien el padre asumía en silencio el mayor dolor que puede experimentar una persona, la madre acusó un estado mental cada vez más hiriente.

Los días y los meses posteriores fueron un suplicio cargado de recuerdos grises engalanados por la anestesia del tiempo. Era tanto el dolor por el hijo perdido que a veces parecía insoportable, pero se aguantaba lo más estoicamente posible. Un día, otro nuevo día, se hizo demasiado arduo el camino de rocas infranqueables, y su compañero de fatigas y confidente, su marido, partió en busca del hijo amado en un barco de sueño eterno. Al fin volvería a reunirse con él, para dar los eternos paseos que acostumbraba a dar con él cada domingo, cambiando en esta ocasión los verdes prados por un firmamento lleno de estrellas. El silencio que había mantenido durante años, cristalizaba en el epitafio escoltado por claveles y gladiolos: descanse en paz.

Una vez más, la vida volvía a ponerle otra prueba de fuego y espinas, mientras su ya marchitado corazón iba apurando latidos. La ansiedad, con ese afán protagonista que la caracteriza, impuso desde entonces su presencia, haciendo más graves los achaques y dolores que su cuerpo ya empezaba a manifestar, a pesar de proceder de una familia de mujeres longevas. Los ataques de pánico se iban haciendo cada vez más angustiosos, y la tolerancia a los ansiolíticos hacia que las dosis fueran cada vez mayores. Sólo le tranquilizaba mirar detenidamente durante horas, las fotografías de su ya inexistente familia. Apiladas en una vieja caja de galletas, dormían decenas de escenas en color sepia que describían momentos descontextualizados e inexistentes, pero que habían dado coherencia en su existencia. Sólo entonces comprendió que había valido la pena vivir.

A pesar del dolor, del sufrimiento y de los caprichos o designios del destino, llegar a la meta implicaba un sentido, y el balance era positivo. Los últimos tiempos fueron quizás los más lastimosos pero también los previos a la serenidad, siempre tan perturbada a lo largo de su vida. Los períodos de lucidez se alternaban con los de pérdida de

conciencia, y el tiempo llegaba a percibirse como un todo sin principio ni fin, formado por momentos inconexos de su vida que le otorgaban un sabor agridulce. Vida que había estado caracterizada por un racimo de tragedias difícil de digerir, pero tal vez fácil de somatizar.

No obstante, el sentimiento positivo de haber cometido su existencia flotaba por encima de todo, y la sensación de paz inundaba todos y cada uno de sus pensamientos. Pensamientos y sentimientos que poco a poco se irían marchitando, del mismo modo que se deshoja una margarita.

Un día de abril, cuando la primavera empezaba a abrirse camino y las lilas perfumaban la armonía de los campos, se fue para siempre. Atrás quedaban los recuerdos apergaminados y roídos por el dolor y la tristeza. Ahora se reuniría por fin con ellos, y especialmente con su hijo. Su querido y amado hijo, a pesar de todo.

Escrito por Omegin

RELACIÓN DE AUTORES (orden de relatos)

Ángeles Oliveres Ribas

Antonio Francisco Romero Moreno

Virginia Silván Portillo

Juan Miguel de Pablo Urban

Francisco José Montero Bancalero

Francisco Javier Salgado Álvarez

Mercedes Márquez Bernal

Carlos G. Jiménez Oliva (*2º PREMIO*)

Amalia M^a Caballos del Rio

Isabel Casado Rodríguez

Patrizia Carmen Marruffi Bonfante

Lucía Ponce Rodríguez (*1er PREMIO*)

Isabel Muñoz Martínez

Sandra Jiménez Gambín

Antonio Luis Ferreira Siles

Miguel Núñez González